

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL
Tesis Licenciatura en Trabajo Social

**Acumulación flexible, neoliberalismo y trabajo social :
apuntes sobre la inscripción del trabajo social en la
contemporaneidad**

Martín Batalla

Tutor: Pablo Bentura

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	1
<i>Capítulo 1: Algunas consideraciones acerca del surgimiento del Trabajo Social</i>	4
<i>Capítulo 2: Reestructuración capitalista: Del régimen rígido a la era de la flexibilidad</i>	16
<i>Capítulo 3: El neoliberalismo y su discurso. Desafíos para la profesión en la era contemporánea</i>	30
<i>A modo de conclusión</i>	45
<i>Bibliografía</i>	48

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo intenta reflejar mi preocupación por ubicar al Trabajo Social¹ dentro de las transformaciones ocurridas en nuestra sociedad, cambios que tras los sucesos del devenir histórico han puesto ante todos nosotros el denominado capitalismo de la era flexible, sustentado ideológicamente por el pensamiento neoliberal. Interesa observar el movimiento relacional que, desde su génesis hasta nuestros días, nuestra disciplina ha mantenido con los principales actores sociales; en este caso, el Estado y las clases sociales fundamentales.

No existe consenso entre los diversos autores que han contribuido al estudio y caracterización del surgimiento del Servicio Social y su inscripción funcional en la sociedad. A los efectos del análisis, abordaré el tema deteniéndome brevemente en dos corrientes opuestas. Una de ellas (tesis endogenista) mantiene la idea de que nuestra disciplina surge a partir de la organización y profesionalización de las prácticas filantrópicas y caritativas, proceso que se desarrolló y evolucionó linealmente, desembocando en la institucionalización de las antiguas formas de "ayuda social". La relación del Servicio Social con la "cuestión social" se produjo de forma "cristalina" producto de la propia voluntad de los filántropos por mejorar operativamente la atención de aquellos sectores que comenzaron a ser perjudicados hondamente por los procesos de industrialización y urbanización. La profesión nace por sí misma, sin estar determinada (en su nacimiento y en su desarrollo) por el contexto sociohistórico y político. Los intereses del Estado monopolista y los conflictos de clase poco tiene que ver con su génesis.

Esta tesis es blanco de severas críticas en todos sus lineamientos. Estudiaré en que consisten tales críticas tomando postura al respecto, situando a esta corriente (histórico-crítica) en un lugar óptimo para conectar la naturaleza (y nacimiento) del Servicio social con el escenario económico, político y social de la sociedad capitalista.

El Estado, sus políticas públicas y las luchas sociales dentro del contexto burgués serán elementos de estudio vitales para ubicar social y políticamente a nuestra disciplina. Se desprende de ello que la base explicativa de los

¹ Utilizaré los términos Trabajo Social y Servicio Social indistintamente.

fenómenos encuentra su esencia en la amplia comprensión de las estructuras sociales del capitalismo en tanto proceso histórico-dialéctico y no estático y natural. Estos temas, entre otros, serán abordados en el primer capítulo.

En el segundo capítulo intentaré analizar los cambios ocurridos en el capitalismo monopolista, cambios que fueron producto de las diversas estrategias burguesas dirigidas a superar la crisis de acumulación presentada alrededor de los años sesenta y setenta. Aquí, el régimen de producción fordista-taylorista (caracterizado como sistema rígido) fue perdiendo centralidad, dando paso al sistema de producción y acumulación flexible ilustrado en la era toyotista. La importancia del cambio del patrón de acumulación reside en las consecuencias que dicho proceso produjo en la clase trabajadora. La estabilidad laboral gozada por los obreros en la era anterior es en la realidad actual un logro a alcanzar, pues existe un sometimiento cada vez más acentuado del trabajo al capital, plasmado en las diversas formas de precariedad laboral (informalidad, desempleo, subempleo, desprotección, etc.)

En el último capítulo abordaré la forma en que la arquitectura capitalista intentó legitimar los cambios en el régimen de acumulación y sus consecuencias para los sectores desposeídos.

Al pronunciarse los distintos formatos de trabajo flexible, los más perjudicados en este nuevo proceso de "organización" del trabajo en la sociedad, necesitan urgentemente las protecciones del Estado, y es precisamente esto lo que el pensamiento neoliberal pregona por derribar, arguyendo que es la lógica de mercado la que equilibrará la justa asignación de los recursos a los distintos individuos, sin importar el lugar que éstos ocupen en la división social del trabajo y en las clases sociales fundamentales. En este sentido el Estado de la era flexible debe ser "mínimo", ocupándose únicamente de aquellos grupos que padecen situaciones de pobreza extrema y que no pueden participar en el libre juego de la oferta y la demanda del mercado. La máxima austeridad en el gasto público (ajuste fiscal), principalmente dirigido a aquellos recursos destinados a solucionar los "problemas sociales", las crecientes privatizaciones y la focalización de las políticas sociales son algunas de las estrategias que la ofensiva neoliberal implementó; cuestiones de

medular trascendencia para ubicar el quehacer del Trabajador Social y su posicionamiento frente a la realidad social contemporánea.

Por último, y a modo de conclusión, plantearé someramente algunos elementos propositivos dirigidos a los Asistentes Sociales, orientados fundamentalmente a actuar críticamente ante la compleja realidad de nuestros días, realidad que vulnerabiliza y marginaliza con una celeridad inconmensurable a los vastos sectores sociales que tienen como única posesión su fuerza de trabajo.

CAPÍTULO 1

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DEL SURGIMIENTO DEL TRABAJO SOCIAL

El presente capítulo intenta mostrar el carácter complejo del surgimiento de nuestra profesión y su contradictoria inscripción práctica en la atención de las manifestaciones de la "cuestión social". En función de ello me detendré brevemente en dos corrientes (o tesis) opuestas, que vierten sus puntos de vista e intentan explicar como y porqué surge el Servicio Social; para luego iniciar un paneo de algunos teóricos que refieren al tema y su contexto.

Antes, se deberá dar conocimiento del concepto de "cuestión social" y porqué el uso de comillas.

Para Castel "la cuestión social" surge cuando una sociedad determinada decae en falta de cohesión social, de interdependencia, generando desajustes en términos socioeconómicos y políticos, que ponen en riesgo el buen funcionamiento "solidario" de tal sociedad (el autor, en su obra "La metamorfosis de la cuestión social", toma como tópico central la categoría "trabajo" como piedra angular de la producción cohesiva). Así entendida, sería una "(...) aporía fundamental en la cual una sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura. Es un desafío que interroga, pone de nuevo en cuestión la capacidad de una sociedad (lo que en términos políticos se denomina una nación) para existir como un conjunto vinculado por relaciones de interdependencia" (1997:20).

No obstante, la bibliografía disponible invita a observar desde otro ángulo filosófico y político el alcance del término. Así, la "cuestión social" remite a la contradicción (o relación) capital-trabajo en la sociedad capitalista, donde la clase obrera intenta ser reconocida como tal, exigiendo al Estado (y al empresariado) el reconocimiento de sus derechos, pues son parte esencial en la producción y acumulación del capital. La introducción de estos reclamos en la esfera política tiene por cometido un abordaje distinto, que no remita a la represión y a la filantropía. Esta movilización se produce por el avance de la

industrialización derivando en una explotación salvaje del proletariado, exaltando las flagrantes distancias y antagonismos con los sectores burgueses, donde la pobreza y las condiciones miserables de vida hacen que los obreros tomen una postura reivindicativa de sus derechos más inmediatos.

Desde este lugar la "cuestión social" refiere a "(...) expresiones del proceso de formación y desarrollo de la clase obrera y de su ingreso en el escenario político de la sociedad, exigiendo su reconocimiento como clase por parte del empresariado y del Estado. Es la manifestación en el cotidiano de la vida social, de la contradicción entre el proletariado y la burguesía, la cual pasa a exigir otros tipos de intervención, mas allá de la caridad y la represión" (Iamamoto, 1997:91-92).

Así pues, el contexto sociohistórico por el cual nace la "cuestión social" muestra las falencias y contradicciones del orden burgués, y son precisamente estas contradicciones que inquietan al Estado² y lo "incitan" a intervenir. Se ve entonces que desde ésta óptica la "cuestión social" no remite a la falta de cohesión e interdependencia social, sino al antagonismo burguesía-proletariado expresado en los procesos de industrialización y urbanización de la sociedad capitalista. Además, se podrá decir que esta visión de los acontecimientos no solo no toma como base explicativa la falta de cohesión social, sino que tampoco le interesa.

Ahora bien, es necesario aclarar, muy someramente, porqué el uso de comillas en el término "cuestión social". Este término comenzó a usarse por el pensamiento conservador, teniendo como significado fundamental la expresión de las fisuras y disfuncionalidades de la estructura burguesa, por tanto habría que intervenir para solucionar estos problemas, para *reformular* la sociedad. Reformarla, mas no subvertirla. En efecto, las reformas mantienen el orden establecido, se producen sin modificar sustancialmente la estructura societal, pues intentan mostrarse desprovistas de contenido político, por tanto no consiguen traspasar a un contenido revolucionario que construya sus cimientos en una nueva sociedad. Simplemente se apunta a una integración teniendo como base la misma estructura, sin cambios políticos importantes.

² Se verá mas adelante que el Estado interviene, básicamente, en función de los intereses de las clases dirigentes.

“Para los socialistas y para los revolucionarios comunistas la problemática social del orden burgués en el siglo XIX podría ser solucionada con cambios estructurales-políticos cuyas derivaciones económicas vulnerabilizan el orden burgués (...) ;(...) El pensamiento conservador, que no es reaccionario, acepta que hay problemas sociales, pero propone para solucionarlos reformas en el marco de este orden; y llama a estos problemas 'cuestión social' “(Netto, 2002:13). El propio Netto expresa manifiestamente el uso de comillas por estas razones, es decir, porque es el pensamiento conservador el que crea el término.

Con lo expuesto, podré ahora referirme a dos perspectivas que estudian el surgimiento de nuestra disciplina. Ambas conectan la génesis del Servicio Social con el abordaje de la “cuestión social” aunque de manera muy distinta. La primer tesis³ (Carlos Montaña la denomina perspectiva *endogenista*) se centra en la “profesionalización” de la profesión a partir de un proceso lineal de evolución y organización de las prácticas filantrópicas y caritativas que asistían al prójimo. (Montaña, 2000). Así, esta visión del surgimiento del Servicio Social se aboca a la idea de que existió un avance en cuanto a las técnicas y métodos de las anteriores formas de ayuda social, avance que se exigía como algo indefectible para que estas formas de asistencia se institucionalizaran en una disciplina como el Servicio Social.

En efecto, al desarrollarse linealmente sin la intervención de vectores contextuales políticos, económicos y sociales, la profesión evolucionó por sí misma, pues su propio carácter produjo formas mas sofisticadas para la atención de los problemas derivados de la “cuestión social”. Se podrá decir también que fueron los propios representantes de la filantropía los que decidieron, por voluntad propia, organizarse y profesionalizarse en busca de una mejor atención.

Queda claro entonces, que el Servicio Social encuentra su génesis sin estar determinado por los escenarios sociohistóricos, “iluminado” por una proverbial autonomía del contexto, y particularmente, “desembarazado” de las determinaciones que podrían ofrecer la puja y lucha de las clases sociales.

³ En esta primera tesis, confluyen diversos autores con posturas claramente diferenciadas unas de otras. Sin embargo concuerdan en que el Servicio Social es producto de la evolución y profesionalización de las formas anteriores de ayuda social, esto es, la caridad y la filantropía. (Montaña, 2000).

Además, se constituye por un accionar particularista, pues son los mismos filántropos que deciden sistematizar sus acciones. Con lo escrito, y por ende "(...) la profesión es vista a partir de sí misma (...) y (...) no consideran la realidad –la historia de la sociedad- como el fundamento y causalidad de la génesis y desarrollo profesional, apenas situando las etapas del Servicio Social en contextos historiográficos" (Montaño, 2000:16:17).

Este enfoque no tiene en cuenta que la realidad social está atravesada por múltiples determinaciones, y que extraer un elemento sin ser consciente de que es parte de una totalidad, mediada y determinada por ésta, sería como decir que el individuo transita por el mundo con total autonomía e independencia de las condicionantes de su grupo social de pertenencia y de la sociedad toda. Cuestión que remite a un grave error.

En suma, el Servicio Social nace, naturalmente, a partir de la evolución, organización, sistematización y profesionalización de las antiguas prácticas de ayuda social (caridad, filantropía) para la atención de la "cuestión social", y en este proceso no han intervenido fuerzas externas (el Estado, los intereses de clase, las diversas luchas sociales) con poder de determinación.

Se podría afirmar (desde mi punto de vista), que esta perspectiva adquiere una visión fenoménica del mundo, tomando como elementos explicativos de la realidad su mera apariencia, es decir, su aspecto superficial, sin divisar que la verdadera esencia de las cosas se encuentra "escondida" subterráneamente. Es por ello que Kosik (1967) nos indica que para arribar al núcleo de la cosa es necesario no solo observar lo que el fenómeno muestra, sino que es preciso dar un "rodeo", un rodeo crítico y consciente que conecte estos dos aspectos (fenómeno aparente y esencia) para poder analizar y explicar correctamente el funcionamiento de la vida social. Pues la realidad se presenta falseada, y si el observador no "arropa" con una postura crítica, la verdadera base explicativa de los fenómenos permanecerá oculta bajo el manto de la apariencia.

Así pues, la tesis endogenista no visualiza la esencia histórica del nacimiento de nuestra profesión, las variables que lo atraviesan y lo determinan, así como tampoco la postura política que adquiere en la intervención de las manifestaciones de la "cuestión social".

La segunda tesis a la cual hacía referencia en líneas anteriores, es la denominada *histórico-crítica*. Esta perspectiva se ubica en una franca oposición respecto a la anterior. Entiende la génesis del Servicio Social como un componente del proyecto ideológico y político de la clase dominante (burguesía) contextualizado en el devenir histórico de la sociedad capitalista en su fase monopolista⁴, cuando el Estado se encarga la tarea de brindar respuestas para “hacer frente” a la “cuestión social” (Montaño, 2000). Aquí se comprende a la naturaleza de la profesión (y a su nacimiento) ubicada en un contexto sociohistórico y político determinado, ocupando un lugar específico (y que no se explica por sí mismo) en la división sociotécnica del trabajo.

Teniendo en cuenta la relación que tiene el Trabajo Social con el Estado y con los intereses políticos de los sectores dominantes, se podrá afirmar que esta visión de los acontecimientos busca la esencia de los fenómenos (en este caso la génesis de la disciplina) y no se detiene únicamente en su apariencia, esto es, la evolución lineal sin ningún tipo de determinación externa a la profesión. Dicho esto, es necesario interpelarnos, sucintamente, acerca del papel que juega el Estado en la sociedad capitalista monopolista, además de las estrategias que los sectores dirigentes deben implementar para aumentar cada vez más sus ganancias. Esto último remite necesariamente al rol del Estado como conductor público.

La burguesía, al interesarse por “aceitar” rápidamente el engranaje de su producción, más precisamente, para viabilizar su expropiación del plusvalor a la clase trabajadora (interés básicamente económico) necesita instrumentos legitimadores (interés político) para mantener y aumentar su tasa de lucro. Es así que el Estado (cooptado por el orden burgués) interviene sobre la “cuestión social” vía políticas sociales, en función de “anestesiar” las posibles sublevaciones de los trabajadores (hiperexplotados), y mantener la estructura capitalista. En este sentido, y refiriéndose sobre el Estado, Netto expresa que “(...) para ejercer, en el plano estricto del juego económico, el papel de ‘comité ejecutivo’ de la burguesía monopolista, éste debe legitimarse políticamente incorporando otros protagonistas sociopolíticos. La ampliación de su base de sustentación y legitimación sociopolítica, mediante la generalización y la

⁴ Según Netto (1997), el pasaje del capitalismo competitivo hacia el monopolio obedeció a la urgencia de aumentar los lucros capitalistas, vía control de todos los mercados.

institucionalización de derechos y garantías civiles y sociales, le permite organizar un consenso que asegura su desempeño” (1997:16). En efecto, las políticas sociales del Estado capitalista son pensadas y ejecutadas en razón de legitimar el orden establecido. Para ello vierten ciertos derechos sobre los sectores deprimidos posibilitando así su control y dominación.

Éstas políticas (haciendo referencia a nuestro país de comienzos del siglo XX) quedan ilustradas en los beneficios que se brindaron en materia de asistencia pública, enseñanza pública, regulación del mercado de trabajo (ej. Ley de ocho horas) y en la regulación del retiro de la fuerza de trabajo. (Filgueira, 1994).

De esta forma, la intervención del Estado está dirigida a mantener y reproducir la fuerza de trabajo, elemento fundamental como sustento productivo en el modo de producción capitalista. Así pues, se observa una excelente rentabilidad para la clase burguesa: por un lado se reproduce la fuerza de trabajo indispensable para el proceso de acumulación, y por otro, se legitima el orden social establecido aplacando las posibles revueltas de los sectores desposeídos de la sociedad. (Iamamoto, 1997).

En este escenario, y a partir de la intervención del Estado para “atender” las secuelas de la “cuestión social”, es necesario la incorporación de técnicos, en donde su accionar se desarrolle fundamentalmente en la ejecución terminal de políticas sociales: entre ellos, el Asistente Social. Es así que este profesional se ubica en un lugar marcado en la división sociotécnica del trabajo, siendo un empleado básicamente del Estado, y por tanto, cumpliendo funciones encomendadas por éste. En este sentido, el Servicio Social se postula (como casi todas las profesiones) como una disciplina claramente funcional al sistema, pues su empleador no hace otra cosa que mantener el status quo. “Esta funcionalidad del Servicio Social, deriva de la funcionalidad de las políticas sociales (...)” (Pastorini, 2000:64). Su funcionalidad se debe no solo por participar en las políticas sociales funcionales, sino que también (y quizás más importante) por el carácter disciplinador y moralizador de su práctica. Actúa sobre la “cuestión social” en función de aliviar las zozobras soportadas por los sectores obreros, pues estas situaciones son consideradas como desvíos, como alteraciones de una “natural normalidad” inscripta en la sociedad capitalista monopolista, sociedad que en definitiva es la ilustración de lo

normal, pues mas allá de ella no hay orden, y este orden es el fiel reflejo del fin de la historia. Según Iamamoto (1997) se corre el peligro de que la finalidad práctica del Asistente Social sea armonizar las contradicciones que presenta la realidad, "avalando" la normalidad social y superando ciertos obstáculos que dificulten su funcionamiento.

Se podrá pensar entonces, que la intervención de los representantes de la disciplina, al poseer la intención de moralizar y disciplinar a aquellos individuos (o sectores) "problemáticos", es eminentemente conservadora, tomando como correcto y como natural el lugar que ocupan los trabajadores en la división del trabajo, pues ésta sería, según Durkheim (1994) la mejor forma para que la sociedad funcione cohesiva y solidariamente. Este correcto funcionamiento de la estructura societal se inscribe en todos los intersticios de la vida social, y es "correcto" porque el orden burgués no solo desarrolla majestuosas estrategias políticas para sostenerse, sino que también se aboca a desarrollar y legitimar saberes que concuerden con su lógica, y es ilustrativo el marcado crecimiento de la razón analítica (razón que describe, diagnostica, clasifica, mas no critica), propiciadora principal de la acción instrumental. (Netto, 1994).

Por lo expuesto, se observa que todas las tareas (en todos los ámbitos y niveles) que se desarrollan son instaladas de acuerdo a los intereses de los sectores dominantes, y la intervención del Asistente Social no es la excepción, más si se tiene en cuenta que la profesión nace cuando el Estado capitalista se hace cargo de las refracciones de la "cuestión social".

Otra estrategia por la cual el orden burgués monopolista intenta mantenerse, es trasladar aquellas problemáticas (contradicción capital-trabajo) de carácter social, a la esfera individual de los sujetos, esto es, se individualizan cuestiones que son inindividualizables por su carácter social (cuestión que trata Rosanvallon (1995) cuando propone individualizar los problemas sociales para ser mas eficaz a la hora de intervenir en la "nueva cuestión social"). De esta forma pierde relevancia el cuestionamiento de las estructuras, por ser ya problemas personales. "Es así que las condiciones que el marco del monopolio establece para la intervención sobre los problemas sociales no destruyen la posibilidad de encuadrar los grupos y los individuos por ellos afectados en una óptica de individualización que transfigura los

problemas sociales en problemas personales (...)" (Netto, 1997:26-27). Aquí el Asistente Social, (entre otros técnicos) representando al Estado capturado por la burguesía, será el encargado de reproducir éstas y otras ideas que mantengan el orden capitalista. Pues se lo contrata, según sostiene Iamamoto (1997), no tanto por sus saberes técnicos, sino por sus funciones educativas disciplinadoras y moralizadoras que desempeña sobre los sectores populares. Es así que la intervención que efectúa, muestra una realidad contradictoria (como la propia vida social), ya que se presenta ante los "beneficiarios" con una imagen de justicia reparadora, al mismo tiempo que efectúa acciones para reproducir la fuerza de trabajo en interés del "monopolio", además de mostrar a las relaciones sociales y de producción como naturales, donde las fallas son desvíos que deben ser reparados en el marco del orden burgués.

Al ser el Asistente Social un profesional que se caracteriza por ser un privilegiado en cuanto a las relaciones humanas, y por intervenir en la vida cotidiana de los individuos, ocupa, potencialmente, un lugar trascendental para reproducir las ideas dominantes (aunque también para el cambio social) que legitimen la infraestructura del sistema (bases económicas). En efecto, las ideas de los sectores dirigentes son las ideas de toda la sociedad, y solo así es posible encubrir las desigualdades y contradicciones producidas en la sociedad capitalista bajo el manto de la igualdad. "Los individuos que forman la clase dominante tienen también, entre otras cosas, la conciencia de ello y piensan a tono de ello; por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende de suyo que lo hagan en toda su extensión, y, por tanto, entre otras cosas, también como pensadores, como productores de ideas, que regulan la producción y distribución de las ideas de su tiempo; y que sus ideas sean, por ello mismo, las ideas dominantes de la época".(Marx y Engels, 1976:36).

Este es un punto no menor, pues al reproducir las relaciones materiales dominantes, a través, entre otras cosas, de las ideas, el Asistente Social cumple, quizás, el papel más importante asignado por el Estado: intervenir en las secuelas de la "cuestión social", vía ejecución terminal de políticas sociales, en función de educar y disciplinar, pero educar en base a las ideas dominantes; ideas que cubren pero no eliminan (como parece obvio) la explotación capitalista. No obstante, como sostiene Iamamoto (1984), el Servicio Social es

una institución auxiliar y subsidiaria dentro del escenario social, y su eficacia no podrá ser sobreestimada en cuanto a la reproducción de la ideología dominante, o bien, en cuanto a su fuerza como productora de transformaciones sociales.

Ahora bien, no solo se trata de reproducir ideológicamente la estructura burguesa, o mejor dicho, esta diseminación de las ideas se produce íntimamente relacionada con la redistribución de los recursos “escasos”. Es la redistribución de estos recursos la que ayuda a legitimar ideológicamente el modo de producción capitalista. Este es el rol fundamental que cumple el Servicio Social para intervenir en las refracciones de la “cuestión social”.

Las políticas sociales abordadas en este sentido, esto es, como instrumentos del Estado dirigidos a “calmar los ánimos” de los sectores explotados y al mismo tiempo generando la manutención y reproducción de la fuerza de trabajo mediante la redistribución de los recursos “escasos”, no pueden (ni es la intención) trastocar radicalmente la estructura burguesa, pues el escenario de la producción sigue intacto. Y es precisamente en este lugar donde se genera la riqueza (para nada escasa), apropiada únicamente por los propietarios de los medios de producción. El recinto de la redistribución es solo una parte extremadamente ínfima del valor generado en la producción y en su inicial distribución. En esta línea Pastorini indica que “en verdad, lo que queremos remarcar es que la ‘redistribución’, mismo siendo ‘desigual y de signo contrario’ (al de la distribución original) no revierte la situación de desequilibrio social, ya que la ‘distribución original’ se realiza sobre la totalidad de los recursos sociales producidos, mientras que la ‘redistribución’ vía políticas sociales, se efectúa sobre una muy pequeña parte de ellos” (2000, 59).

Visto esto, el Asistente Social actúa con sus destrezas “moralizadoras, educativas y disciplinadoras” en función de que estos procesos sean vistos (si es que se ven) de forma natural y normal, sin que puedan ser cuestionados; en todo caso se trabaja para que sean “avalados”. Así pues, y en efecto, el Trabajo Social es observado como la profesión de la coerción y el consenso.

No obstante, las políticas sociales implementadas por el Estado no son pura y exclusivamente mecanismos de legitimación y reproducción del sistema, son también (aunque en menor medida) conquistas de las capas trabajadoras cuando incursionaron en luchas contra el gran capital. En este contexto el

Asistente Social debe, necesariamente, tomar conciencia de su papel en este imbricado de luchas y tensiones. Y esta toma de conciencia puede desembocar en una visión totalmente heterónoma de la institución Servicio Social, si es que ésta es considerada como enteramente determinada por las corrientes sociales dominantes. Desde aquí, el orden burgués sería ineludible y no habría nada que hacer más que seguir transitando por la dependencia del Estado y los sectores hegemónicos, interviniendo sobre la "cuestión social" únicamente en razón de reproducir y legitimar la estructura societal reinante. Sin embargo, el Asistente Social posee cierta autonomía respecto de las clases sociales y de las organizaciones donde desarrolla sus intervenciones, pues está dotado de funciones intelectuales que le permiten actuar con una postura crítica. El peligro aquí, es posicionarse ante la realidad social con total autonomía, concibiendo al cambio revolucionario como un mero trámite, sin comprender la procesualidad, la historicidad y el juego de fuerzas que intervienen en el devenir social, de ahí que llamamos caracterice a esta postura como "heroica" pero ingenua. La autora observa a estos dos enfoques (el que observa al sistema capitalista como natural e irrefutable y aquel que ve la transformación social como un simple tránsito) ciegas ante la historicidad de la vida social; y llama *fatalismo* al primero y *mesianismo* al segundo. "Fatalismo y mesianismo son ambos prisioneros de un análisis de la práctica social que no representa la historicidad del ser social gestado en la sociedad capitalista". (1997, 186).

Se torna crucial para superar estas dos perspectivas, eliminar la miope funcionalidad de la intervención profesional, como así también conocer las fuerzas sociales, de clase e institucionales que intervienen mediando, influyendo y determinando la actividad de la disciplina. Comprender el movimiento contradictorio de la sociedad burguesa, además de la contradictoria práctica del Servicio Social, es un paso vital para comprender las condiciones históricas en que actúa la profesión. En consecuencia, desvendando el sentido contradictorio de las relaciones materiales y sociales, buscando la esencia de la lógica del Estado y sus políticas sociales, llegando al núcleo de los intereses económicos, políticos y sociales de los estratos altos, es que se podrá observar con mayor claridad la compleja contradictoriedad de la intervención de nuestra disciplina (principalmente abocada, como ya quedó expresado, en la ejecución

terminal de políticas sociales dirigida a atender las manifestaciones de la "cuestión social").

Así las cosas, el Asistente Social tendrá un mayor margen de libertad intelectual para desembarazarse de la lógica conservadora e intentar tomar un camino distinto que derive en una nueva legitimidad. En este sentido Montaña (2000) afirma que el Trabajo Social puede y debe alterar su legitimidad de base funcional-laboral. Para ello es necesario cualificarse para dar respuestas a la captación de nuevas demandas.

Aquí se observa la autonomía de nuestra disciplina, permitiendo un cambio de rumbo en tanto vislumbra una actividad ajena al pensamiento conservador. Sin embargo, esta autonomía es relativa, pues existe un límite marcado por el contexto sociohistórico (límite impuesto a todos los ámbitos de la sociedad).

A través de ésta línea de pensamiento podría pensarse en otros escenarios de intervención (también investigación) y en otra racionalidad. ¿El Trabajador Social está capacitado únicamente para intervenir en su ámbito clásico de actuación y de forma conservadora? Con lo expuesto queda claro que es posible tener otros escenarios de trabajo y otras estructuras funcionales de acción. Esto, no obstante, no elimina la posibilidad de seguir interviniendo en "viejos" campos de trabajo. Lo que sí es fundamental es formar conciencia de las múltiples determinaciones que los procesos sociales viven, teniendo presente también que el contacto del Asistente Social con el mundo cotidiano de los sectores populares (como ya fue mencionado mas arriba) es un elemento de vital trascendencia, pues es allí donde se reproducen las relaciones sociales. Describir cabalmente el mundo cotidiano, sostiene lamamoto (1997), es descubrir las posibilidades de transformación de la realidad. Es por ello que los "antiguos" campos de actuación no deben ser menospreciados, pero es imprescindible reconocer sus límites y actuar en consecuencia, buscando superar la funcionalidad unidireccional al orden burgués.

Concluyendo creo pertinente referirme, muy brevemente, al abordaje metodológico que el Trabajo Social debe seguir.

Si la intención es abrirse a nuevas demandas, es necesario actuar a sabiendas de que éstas pueden tomar formas muy diversas y ser de naturaleza muy

distintas, por tanto el método no debe ser único, creado a priori, sin tomar en cuenta el objeto de intervención y/o investigación. Se está en presencia, en efecto, del enfoque ontológico, ese que toma como central el propio ser, sus movimientos y sus manifestaciones. De acuerdo con esta postura filosófica, es a partir del propio ser que se investiga y se interviene, por tanto la metodología se deberá extraer del objeto en sí y no antes. Montañó refiere al tema y expresa que "(...) en el abordaje ontológico del ser social que desarrolla Marx – y que recupera Lukács - si aparecen preocupaciones metodológicas, pero éstas son determinadas necesariamente a posteriori y a partir del objeto concreto estudiado". (Montañó, (s/f): 21).

Así pues, obteniendo una metodología que no se restrinja a elementos (y a pasos a seguir) "prefabricados"; adquiriendo una visión crítica y consciente de las fuerzas determinantes de los contextos histórico-sociales; indagando en la esencia de instituciones como el Estado; hurgando en el núcleo de las contradicciones de la estructura burguesa, podremos obtener una profesión que rompa con el conservadurismo, y que por tanto rompa con su carácter funcional al sistema capitalista.

CAPITULO 2

REESTRUCTURACIÓN CAPITALISTA: DEL RÉGIMEN RÍGIDO A LA ERA DE LA FLEXIBILIDAD

Quedó expresado en el capítulo anterior (siguiendo a la tesis histórico-crítica referida al surgimiento del Servicio Social), que nuestra disciplina nace íntimamente relacionada al proyecto político del ordenamiento burgués en su fase monopolista, y a la intervención del Estado por él cooptado, donde se torna elemental la implementación de políticas sociales dirigidas al “tratamiento” de las secuelas de la “cuestión social”. Recordemos que aquí el Asistente Social es el profesional encargado de la ejecución terminal de dichas políticas. Se insiste entonces, en que estas acciones estatales buscan legitimar el orden constituido, volcando una variada gama de protecciones sociales con la intención de eliminar las posibles revueltas de los sectores desposeídos, perpetuando la estructura del capital y naturalizando las relaciones del sistema, donde lo normal es la subordinación del trabajo al capital. Además, con la consolidación de estos beneficios sociales (regulación del mercado de trabajo, enseñanza pública etc.) se intenta mantener y reproducir la fuerza de trabajo, componente medular para la producción capitalista, y en efecto, para el aumento constante de la tasa de lucro.

Ahora bien, me parece ineludible hacer referencia al contexto histórico donde se produjeron tales acontecimientos, tomando a la categoría trabajo como tópico central y su interacción con el rol del Estado.

Como es sabido, en las décadas anteriores a los setenta regía en casi todo occidente el modelo fordista-taylorista de producción y acumulación (Antunes, 2005), acompañado por su inseparable orden legitimador: el denominado Estado de Bienestar y sus políticas públicas. Cabe aclarar, que esta legitimación del sistema de producción no se constituyó como elemento unidireccional, sino que fue un imbricado de luchas sociales donde la clase obrera logró consolidarse como tal, formando conciencia de su posición en la división social del trabajo, reclamando y presionando al Estado y a los

representantes del capital en busca de su reconocimiento y de la conquista de los derechos sociales mas importantes. En este sentido Antunes escribe que “esto posibilitó el surgimiento, en amplia escala, de un nuevo proletariado, cuya forma de sociabilidad industrial, marcada por la masificación, ofreció las bases para la construcción de una nueva identidad y de una nueva forma de conciencia de clase (...) el obrero-masa fue la base social para la expansión del ‘compromiso’ socialdemócrata (...)” (2005:27).

Pese a ello, y como todo proceso social resulta complejo y contradictorio, lo esencial de este compromiso fue que la clase obrera renunciase a su proyecto ideológico y político-social, esto es, el de una sociedad donde no exista la actual subordinación del trabajo al capital. Los sectores “bajos” deberán contentarse solo con los beneficios y la protección social dentro de la estructura y de las leyes “inexorables” del capitalismo. Y, como ya quedó escrito, el Estado, participando de forma aparentemente arbitral y neutra, termina representando, en última instancia, los intereses generales del gran capital. Hay que recordar que, como afirma Netto (1997) entre otros, la entidad estatal propia del capitalismo monopolista, para mantener vigente la estructura económica, necesita cierto grado de legitimación política incorporando los reclamos (aquellos que no pongan en peligro la estabilidad del sistema) de otros protagonistas sociopolíticos (sector obrero) permitiéndole organizar “un consenso que asegure su desempeño”.

Así fue que en casi todo el transcurso del siglo XX (hasta la década del setenta), entre la conquista obrera de derechos sociales y el crecimiento desmesurado del capital, se desarrolló el sistema fordista-taylorista de producción, sistema por el cual el trabajo rutinario, mecanizado y sin tiempos muertos fue la piedra angular para la extracción de plusvalía de la fuerza de trabajo y el correspondiente aumento y acumulación de riqueza por parte de los propietarios de los medios de producción. Este sistema productivo se caracterizó por una homogenización y verticalidad en la producción, además de una estricta separación entre la elaboración y la ejecución del trabajo, donde los obreros se encargaban de la mera ejecución de tareas a un ritmo cada vez mas acelerado, y por ende, la dimensión intelectual estaba destinada únicamente a la gerencia científica. Antunes resume a este binomio de producción como “(...) la combinación de la producción en serie fordista con el

cronómetro taylorista (...)" (2005:23). Lo importante aquí es que a través de la organización y racionalización del trabajo los márgenes de explotación sean crecientemente intensificados. Y no es posible obviar que, desde la teoría marxiana, al aumentar la producción mediante la aceleración e intensificación de la actividad laboral, el trabajador se vuelve aún mas pobre y el empresario (propietario de los medios de producción) cada vez mas rico. "Mientras mas produce el obrero, mayor es el poder del capital y menor los medios que el obrero tiene de apropiarse de su producto" (Marcuse, 1971:271).

Con lo expuesto, creo pertinente dirigir la atención, sintéticamente, sobre las causas estructurales que determinaron la forma y la intensidad de este sistema productivo, cuestión que remite necesariamente a un tratamiento analítico de mayor abstracción.

Antunes (2005), en "Los Sentidos del Trabajo", y siguiendo a Mészáros, estudia a la sociedad del capital como un sistema de metabolismo social que, a través de la división social del trabajo, somete y subordina a éste bajo el poder del capital. Y afirma (cuestión fundamental si se piensa en un nuevo orden societal) que esta subordinación no deriva de una determinación ontológica irrefutable, sino que es el resultado de un proceso histórico susceptible de ser alterado. El autor sostiene que existen mediaciones de segundo orden que el sistema capitalista impuso sobre las mediaciones básicas, ontológicamente constituidas, denominadas mediaciones de primer orden. Éstas últimas se caracterizan por ser vitales, impregnadas al propio ser social. Significando entonces que en una sociedad óptima, donde no existan jerarquías ni subordinaciones, el trabajo debe estar en permanente intercambio con la naturaleza, ateniéndose fundamentalmente a las necesidades humanas y no a las necesidades correspondientes a un sistema históricamente establecido como es el orden capitalista. El elemento centralmente nocivo de este orden es pues, la sobredeterminación y la imposición de mediaciones secundarias sobre las primarias. "El advenimiento de este segundo orden de mediaciones corresponde a un período específico de la historia humana que acabó por afectar profundamente la funcionalidad de las mediaciones de primer orden al introducir elementos fetichizadores y alienantes de control social metabólico" (Ibid.:6-7). Pues bien, se debe entender a la sociedad productora de mercancías como un sistema que subestima las necesidades esenciales del

género humano, y que sobreestima las necesidades propias del capital, esto es, aumentar constantemente el lucro en detrimento de aquellos que venden su fuerza de trabajo. En este sentido, es elocuente la valorización y la expansión del valor de cambio superando abiertamente al valor de uso y consecuentemente a las necesidades humanas fundamentales. De esta forma, el capital opera "(...) en la profundización de la separación entre la producción volcada genuinamente a atender las necesidades humanas y sus propias necesidades de autorreproducción" (Ibid.:12). Y por supuesto, todos los esfuerzos tenderán a sostener su supervivencia. Por ello, en coherencia con lo antes dicho, el trabajo permanece subyugado al capital, verificándose concomitantemente el siniestro resultado de la alienación y separación del trabajador con los medios de producción, presentándose en forma de una imposición objetivada y alienada sobre los trabajadores, como un poder separado que efectúa el mando sobre ellos. (Ibid.).

Así pues, para arribar a una comprensión cabal del orden burgués, se deberá entenderlo como un sistema totalizador que orienta sus intereses particulares a todos los ámbitos de la sociedad, que contamina todas sus esferas en función de su propia expansión y de su lógica de acumulación, y que cuando deja entrever el sometimiento del trabajo al capital, lo hace, empero, bajo el poder de leyes eternas y naturales. "Las formas...poseen ya la firmeza de formas naturales de la vida social antes de que los hombres intenten ponerse en claro no ya acerca del carácter histórico de esas formas, que se les presentan mas bien como inmutables, sino ni siquiera acerca de su contenido" (Marx (s/d); en Lukács, 1985:50-51). Estas formas que caracterizan a la estructura del capital (y que según Mészáros son las mediaciones de segundo orden) son totalizantes en tanto se introducen en todos los intersticios de la vida societal, son también históricas, esto es, no naturales y susceptibles a ser transformados en un nuevo ordenamiento social (también histórico), en una nueva forma que supere a la anterior. Pues, como escribe Lukács (1985), la historia es precisamente la historia de esas formas de organización, de su transformación en tanto matrices de ordenación, de reunión de los hombres y mujeres en sociedad y que dominan a su vez las relaciones de la humanidad con la naturaleza. Es por ello que, si se pretende trascender la estructura y el funcionamiento del sistema productor de mercancías, se deberá emprender un

camino intelectual y práctico también totalizador, que conecte todos los ámbitos del engranaje social, esos ámbitos que la propia ciencia burguesa ha separado buscando conservar su régimen. “En el capitalismo (...) todos los momentos de la estructura de la sociedad se encuentran en interacción dialéctica. Su aparente independencia recíproca, su concentración en sistemas autónomos, la apariencia fetichista de su autonomía – aspecto necesario del capitalismo desde el punto de vista de la burguesía – es el inevitable punto de transición hacia un conocimiento adecuado y completo” (Ibíd.:97).

Dicho esto, y teniendo en cuenta el carácter multifacético, complejo y contradictorio del universo social, su forma histórica y ambiciosamente abarcativa donde el todo siempre domina y determina a las partes, se deberá hacer referencia a los límites que el sistema productivo fordista-taylorista tuvo que soportar, límites que fueron determinados por la crisis estructural del capital. Podrá entonces inferirse que si el principal motor del orden burgués es la acumulación de ganancias en manos solo de un sector de la sociedad, la crisis fue en estos términos, es decir que lo que se produjo fue una crisis de acumulación, del preciado aumento de la tasa de ganancia. Es así que, necesariamente y con la mayor celeridad posible, el sistema capitalista tuvo como única opción su propia reestructuración. Esto sin trastocar las relaciones elementales de subordinación y opresión que han sido características centrales de este modo de producción a lo largo de toda la historia. Es cierto que a partir de los años setenta tal reestructuración derivó en un nuevo modelo, en una nueva forma, pero manteniendo su esencia explotadora, o aún más, intensificando la explotación de la clase que vive del trabajo. Estudiando el tema, Grassi sostiene que “(...) la crisis fue global (de un modelo social de acumulación) y los intentos de resolución han derivado en transformaciones estructurales que dan lugar a un modelo diferente, que incluye por definición la informalidad laboral, el desempleo, el subempleo, la desprotección laboral y consecuentemente, la pobreza” (1994:5). Desde mi punto de vista, estos cambios no fueron estructurales (aunque la crisis fue estructural), pues tales cambios implican un nuevo orden social, nuevas bases de sociabilidad. Llevan consigo, por ejemplo, la eliminación de la subordinación del trabajo al capital, una nueva hegemonía que subvierta el orden de la cosas, donde el trabajo se transforme en una actividad autodeterminada, sitio en el cual se satisfagan

libremente las necesidades humanas (Antunes, 2005). Queda claro que cambios de tal envergadura no han sucedido, no han sido socavados los pilares fundacionales de la estructura capitalista, mas bien se produjo una reestructuración en respuesta a la crisis de acumulación y que, desde luego, se intentó recuperarla y aumentarla.

Quedó expresado, a modo de avance, cuales fueron algunas de las consecuencias que la crisis implantó sobre la clase trabajadora, consecuencias que derivaron en el desempleo estructural, la flexibilidad y precariedad laboral. Cabe ahora preguntarse acerca de las causas que generaron la crisis de acumulación sufrida por la sociedad del capital. Brevemente, y siguiendo el análisis efectuado por Antunes (Ibid.), podrá afirmarse que el fortalecimiento de la clase obrera ilustrado en la intensificación de las luchas sociales pudo conseguir un aumento en el precio de la fuerza de trabajo, derivando en una caída de la tasa de ganancia. Además, se produjo el agotamiento del modo fordista-taylorista de producción (que según el autor fue la expresión de la crisis estructural del capital) producto de la disminución del consumo en respuesta al desempleo estructural que se acentuaba. Ya Harvey (1994) advertía que el sistema fordista (Ford) tenía el interés explícito en que, a través de la producción en masa, se produjera el consumo en masa.

Por otro lado se verifica la crisis del Estado de Bienestar y su correspondiente retracción en el gasto público, cuestión no menor si se piensa en la disminución cuantitativa y cualitativa de los servicios sociales. Es así que se pone en duda la viabilidad del "compromiso" entre la clase trabajadora y los sectores burgueses, arbitrado por un Estado aparentemente neutral. En realidad se lleva a cabo la fractura de dicho acuerdo, pues ya no había forma de seguir legitimando un sistema en crisis profunda. Es necesario recordar que fue el propio movimiento obrero (a través de sus luchas) un elemento crucial para pronunciar una disminución considerable en la tasa de ganancia capitalista, efecto directo del aumento de precio de la fuerza de trabajo. Si la lucha proletaria fue parte constitutiva de la expansión del "compromiso", "(...) también fue su principal elemento de desborde, ruptura y confrontación, de la cual fueron expresión los movimientos por el control social de la producción ocurridos a finales de los años sesenta" (Bihar, 1991: 60-62; en Antunes, 2005:27).

Enmarcado en este escenario se inscriben las recetas neoliberales tomadas de la base política tatcheriana, donde el Estado "ampliado", dador de cohesión social vía cobertura social universal, comienza a retraerse dando paso a la privatización de los servicios públicos, a la desregulación y precarización del trabajo, a la focalización de las políticas sociales, a la revitalización del mercado como principal instrumento de justicia social, teniendo como premisa que todos los individuos están en iguales condiciones de participar en el mercado, y que la derrota en dicha participación radica en la incapacidad personal y en la falta de actitud emprendedora, pues todos son libres en igual medida de beneficiarse en tal incursión. Cuestión tan absurda como trágica. Si acaso, los defensores de la política neoliberal reconocen que ocasionalmente pueden haber fallas en el mercado, estas deberán solucionarse y ampararse en el seno de organismos e instituciones fuera del Estado: el ámbito del voluntariado, el sector religioso, el familiar, son las entidades óptimas para hacer frente a las deficiencias del mercado. "Los neoliberales defienden una vuelta al sector privado y a la familia como principales fuentes de bienestar" (Álvarez-Miranda, 1996:70)..

Es importante señalar que lo que permanecía como elemento positivo en la época fordista-taylorista, esto es, una cierta estabilidad laboral con un fuerte respaldo estatal, se desmorona con el advenimiento de la ofensiva neoliberal. En este sentido Castel expresa que "(...) la conmoción que afectó a la sociedad a principios de la década de 1970 se puso de manifiesto, en primer lugar, a través de la problemática del empleo (...) Pero el desempleo es solo la manifestación más visible de una transformación profunda de la coyuntura del empleo" (1997:403-404). Por ello no hay que olvidar otras formas nefastas referidas al mercado de trabajo como lo es el empleo precario en sentido amplio, esto es, trabajo por tiempo determinado, por jornada parcial, etc., exaltado además por los bajísimos ingresos salariales. La seguridad disfrutada por los trabajadores antes de la crisis (seguridad que en definitiva era la conquista de beneficios sociales y laborales por parte del sector obrero, pero que contenía, por su parte, el lado oscuro: legitimación del modo de producción), ese "compromiso" que vehiculizaba la explotación ha caído, y los logros sociales son ahora un obstáculo para la máxima producción.

Es interesante aclarar que las luchas obreras no siempre fueron dirigidas a conquistar ciertos derechos y beneficios, también arremetieron con fuerza y con conciencia contra la hegemonía del capital. Y por mas que no pudo conseguirse un cambio básico de estructuras, fueron parte integrante (como quedó expresado) de cierta desestabilización del sistema que llevó a la crisis de los años setenta. “A finales de los años sesenta las acciones de los trabajadores alcanzaron su punto de ebullición, al cuestionar los pilares constitutivos de sociabilidad del capital, particularmente en lo que concernía al control de la producción” (Antunes, 2005:27). Tomaron” (...) la forma de una verdadera revuelta del obrero-masa contra los métodos tayloristas y fordistas de producción, epicentro de las principales contradicciones del proceso de masificación” (Bihar, 1991:63-64; en Antunes, 2005: 27-28).

No obstante, este nuevo funcionamiento del orden capitalista (orden que fue perturbado pero no derribado) trajo aparejado condiciones de subordinación aún mayores para la fuerza de trabajo.

En este contexto, junto a la ofensiva neoliberal, el modo fordista-taylorista dejó de predominar como sistema de producción, dando paso al llamado toyotismo (modelo japonés) y a la era de acumulación flexible. Como expresa Harvey (1994), en el período que va de 1965 a 1973 se tornó cada vez más evidente la incapacidad del fordismo y del keynesianismo de minimizar las contradicciones inherentes al capitalismo. La dificultad se centró fundamentalmente en la rigidez del sistema. Sin haber sido eliminado por completo el sistema anterior, el modelo japonés fue innovador en tanto introdujo la dimensión intelectual del trabajador, su carácter participativo, polivalente y multifuncional, permitiéndole formar parte de equipos organizacionales de trabajo y dotándolo de cierto poder de decisión en cuanto al funcionamiento de la actividad laboral. Sin embargo, esto que aparece a simple vista como un avance en cuanto a la emancipación relativa de la clase obrera, no es mas que una estrategia que el capital (reestructurándose orientado a superar la crisis) implementó en función de recuperar los niveles de acumulación perdidos. En efecto, la economía en el capitalismo “flexible” no puso en manos del obrero mayor poder, por el contrario, lo subyugó aún mas que en la era anterior, puesto que se verificó un “(...) poder en el lugar del trabajo y en el propio mercado de trabajo, mucho más favorable a los

empleadores que a los trabajadores” (Tomaney, 1996:157-158; en Antunes, 2005:34).

Habrá que responder ahora porqué el gran favorecido en esta reestructuración fue el empresariado, siendo que se ha dejado a un costado (en parte) las tareas repetitivas, rutinarias, mecánicas, desprovistas de toda participación obrera correspondientes a la fase fordista-taylorista, y se ha introducido un aspecto vital del ser humano como lo es su dimensión intelectual.

Como quedó escrito en líneas anteriores, la lógica capitalista y sus inseparables mediaciones de segundo orden ubican al valor de cambio por encima del valor de uso, siendo superfluo y totalmente inconducente (e imposible de acuerdo a su funcionamiento) centrar la producción de mercancías teniendo como horizonte las necesidades humanas fundamentales. Por el contrario, el orden burgués busca incesantemente satisfacer las necesidades del capital (que por cierto no coinciden en absoluto con la ontología del ser social), su objetivo es la acumulación de riqueza⁵ extrayendo el plusvalor de la actividad laboral producida por la clase obrera. Esta lógica (sobreestimación del valor de cambio) se acentúa de manera vertiginosa en la era toyotista. Bajo el imperativo de la “calidad total”, se lleva a cabo un proceso en el cual se acentúa cada vez más la rápida obsolescencia de los productos. Proceso signado por la fabricación de bienes con un tiempo de duración extremadamente exiguo, empero, con un envoltorio engañoso que intenta denotar un producto de excelente calidad. De esta forma se acelera el circuito productivo, se agiliza la utilización de valores de cambio al tiempo que se revitaliza la economía en su conjunto. “De este modo, el pregonado desarrollo de los procesos de ‘calidad total’ se convierte en la expresión fenoménica, encubridora, aparente y superflua de un mecanismo productivo que tiene como uno de sus pilares más importantes a la tasa decreciente del valor de uso de las mercancías, como condición para la reproducción ampliada del capital y sus imperativos expansionistas” (Antunes, 2005:37). Es necesario entonces una “innovación” constante de la maquinaria productiva, que dirija a la tecnología en

⁵ Pese a que muchas empresas tengan como slogan “para nosotros lo principal es usted”, la empresa capitalista siempre, y solo siempre, tiene como principal objetivo, como finalidad última, la acumulación de riqueza y el aumento de la tasa de lucro.

032928



24

[ALQUISICIONES]

función de mejorar la carcasa de los productos, pero en empeorar su durabilidad. Una empresa que fabrique productos durables, es el reflejo de un trabajo ineficaz e ineficiente, y será condenada a la derrota en la competencia interempresarial.

En este escenario de acumulación flexible se necesita una relación especial entre empresario y trabajador, entre capital y trabajo. Según Castel (1997), la flexibilidad no reside en que el obrero se ajuste a una tarea puntual, sino que esté siempre disponible para responder a las fluctuaciones de la demanda. De esta forma el empleo seguro y estable pierde vigencia, como también pierden visibilidad las tareas mecánicas y repetitivas. Ahora el capital se vincula excepcionalmente a la demanda, orientado a satisfacer las exigencias consumistas de un modo más individualizado. En consecuencia, el obrero debe reflejar en su actividad igual flexibilidad, ser versátil y capaz de operar varias máquinas en forma simultánea. Además, el trabajador es invitado (o instigado) a participar en equipos de trabajo formando parte de los "círculos de calidad" (aunque no todos los equipos de trabajo participen en este control). Este punto es de vital trascendencia si se tiene en cuenta la dualidad de interpretaciones que puede conllevar el concepto "participación" en la empresa. Por un lado se podrá observar el hecho de participar y discutir las formas de trabajo y desempeño de la empresa como un elemento por demás positivo, pues se habrá descubierto que el trabajador no solo es apto para desempeñar tareas físicas, repetitivas y homogéneas, sino que es capaz de aportar ideas, opinar y discutir las formas de organización del trabajo. Esta nueva estrategia de actuación obrera en el ámbito laboral permitió mayor comunicación y horizontalidad, que si bien beneficia a la empresa, también favorece al trabajador.

Por otro lado, esta nueva forma de participación denominada *kaizen*, es vista por los más críticos como una forma de explotación aún más acentuada que la verificada en la era fordista-taylorista. Aquí, el capital no solo se apropia de la fuerza física del trabajador, sino también de su calidad de ser pensante. Este sistema, al permitir la discusión sobre temas que interesan a los empleados, por ser beneficiarios directos (Antunes [2005] citando a Stephenson [1996] ejemplifica esta situación cuando los obreros sugieren una mejora en los alimentos brindados por la empresa), difunde un lazo

comunicacional que, en última instancia, apunta al mejoramiento de la producción. En efecto, se intenta que el trabajador vea a los intereses de la empresa como iguales a los suyos propios, lo que en términos de mayor generalidad sería la contaminación ideológica que la burguesía inyecta a la sociedad toda, pues posee los instrumentos necesarios para hacer ver y hacer sentir que el proyecto de un sector minoritario (clase capitalista) es el proyecto (interés) de todos. Se observa entonces que la clase que detenta el poder material, lo obtiene también en el campo ideológico, en tanto productora de ideas (Marx y Engels, 1976). En ese sentido, este sistema favorece a los empleadores ya que contiene un elemento intrínseco a la "confusión" de intereses: evita las posibles huelgas y acciones de rebeldía. "El *Kaizen*, por lo tanto, cumple una función claramente ideológica, de compromiso de los trabajadores con el proyecto de la empresa" (Antunes, 2005:67). Con esta incorporación de la dimensión intelectual y su rol notoriamente utilitario al proyecto empresarial, se observa que la clase que vive del trabajo no restringe sus actividades a un mero desempeño manual. El capital, urgido por sortear los obstáculos impuestos por la crisis, incorpora el trabajo no manual, además de servirse de aquellas formas laborales que son utilizadas como servicios. Este último inciso (servicios), a pesar de ser considerado como trabajo improductivo, forma parte esencial para revitalizar el sistema. "Ellos (refiriendo a los trabajadores en el sector) pertenecen a aquellos 'falsos costos y gastos inútiles', los cuales son, sin embargo, absolutamente vitales para la subsistencia del sistema" (Mészáros, 1995: 533; en Antunes, 2005:92).

En este proceso de reestructuración del capital, en donde la flexibilización toca de lleno a los trabajadores en actividad, exigiendo mayor versatilidad en las tareas, se produce también el fenómeno del desempleo estructural. La expulsión de la fuerza de trabajo⁶, consecuencia directa de la adecuación de la producción a la demanda, se mezcla con formas precarias de contratación: tercerizados, subcontratados, trabajo a tiempo parcial, etc.

Precariedad, informalidad y explotación; es en este escenario que la fuerza de trabajo femenina cobra mayor intensidad en el mercado laboral. En los últimos tiempos se ha producido un aumento considerable de inserción

⁶ Aunque sin ser eliminada, pues sin ella el capital desaparecería (Antunes, 2005).

femenina en el mundo del trabajo. En principio, y como parte constitutiva de este proceso, se podrá observar a las mujeres como favorecidas por su participación en el ámbito laboral, en tanto emancipación de las diversas formas históricas de opresión masculina. Sin embargo esta emancipación es parcial, pues el capital las incorpora de manera desigual, en cuanto a las tareas y a los ingresos, reflejando las diferencias existentes en la división sexual del trabajo. En general, las actividades laborales masculinas se concentran en el capital intensivo, encargados de manejar aparatos de mayor avance tecnológico, requiriendo para esto la apropiación de conocimientos técnicos; al tiempo que el trabajo femenino está acotado a áreas más rutinarias, donde predominan las actividades manuales y repetitivas propias del trabajo intensivo. De aquí derivan los bajos ingresos percibidos por las mujeres (Antunes, 2005). Esta desigual participación del sexo femenino en el mundo del trabajo tiene sus raíces en una construcción histórico-social también desigual. Ha existido una opresión "normal" y "natural", avalada socialmente, padecida por las mujeres en todo el período capitalista⁷. En este sentido, en la historia relativamente reciente, hombres y mujeres son diferencialmente cualificados y orientados a participar de forma discriminada en el trabajo y en todos los órdenes sociales. Así, son vehículos idóneos la familia y la escuela para reproducir los valores y los simbolismos que dominan en la sociedad. "Las relaciones entre género (...) nos permiten constatar que, en el universo del mundo productivo y reproductivo, vivenciamos también la forma de efectuar una construcción social sexuada, donde los hombres y las mujeres que trabajan son, desde la familia y la escuela, diferencialmente cualificados y capacitados para el ingreso en el mercado de trabajo. Y el capitalismo ha sabido apropiarse desigualmente de esa división sexual del trabajo" (Ibid.:99-100).

No obstante, no hay que olvidar el poder que poseen los medios masivos de comunicación (la televisión por ejemplo), para dictaminar cuál es la posición que debe ocupar la mujer en el trabajo y en la sociedad en general. Por supuesto que los medios publicitarios, con su inconmensurable

⁷ Es interesante observar las diferentes formas de organización familiar (y su correspondiente relación entre géneros) manifestadas en las sociedades precapitalistas. Al respecto, Engels (1986) se pronuncia de manera brillante en su obra "El origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado".

“bombardeo” de sugerencias, estereotipan también las funciones sociales de ambos sexos, y afirman la subalternidad de la mujer en el trabajo.

Con lo expuesto, es de suponer la existencia de una imperiosa necesidad del capital por disponer de la fuerza de trabajo, aunque ya no sea un trabajo en régimen de estabilidad, con un tiempo de duración indeterminado. Mas bien necesita apropiarse y manipular un trabajo flexible, que se adecue a la demanda y que “participe” en dirección a mejorar la producción y a aumenten la acumulación. Por ello, el trabajo en tanto medio indispensable para la producción de valores, sigue tan vigente como antes, y no está siendo sustituido por la ciencia como principal fuerza productiva. Mas allá de que el conocimiento científico haya avanzado aparentemente desapegado y desembarazado de la lógica del capital, este no podrá “(...) transformarse en su principal fuerza productiva. Interactúa con el trabajo en la necesidad preponderante de participar del proceso de valorización del capital” (Ibíd.:113).

Urge entonces la necesidad de afirmar que la centralidad del trabajo no ha desaparecido. Empero, parece obvio que en el modo de producción capitalista, el trabajo no se manifiesta por su carácter ontológico, abocado a la producción de valores de uso que satisfagan las necesidades humanas, sino que adquiere una naturaleza fetichizada, alienada, dirigida, por imposición, a la producción de valores de cambio colmando las exigencias del capital. Esta forma queda particularmente representada en el trabajo asalariado, y en efecto, en sus nuevas manifestaciones que cercenan aún más la libertad⁸ del trabajador, y lo empujan a creer que con su participación (pseudo) está representando su más genuino interés. Sin mencionar los altísimos niveles de desempleo y la instalación de las diversas formas de empleo precario. Por ello, cuando se habla de la categoría trabajo como centro de humanización del hombre, como fundante del ser social, se hace referencia a un universo en el cual a partir del trabajo se da “(...) un triunfo del comportamiento conciente sobre la mera espontaneidad biológicamente instintivo cuando entre necesidad y satisfacción inmediata se inserta, como mediación, el trabajo” (Lukács, 2004:98; en Antunes, 2005:131). Es precisamente esta condición ontológica que el orden burgués ha avasallado, en consecuencia “(...) la autorrealización

⁸ “El hombre es libre si la naturaleza es su obra y su realidad, de modo que se reconozca a sí mismo en el mundo que él mismo ha hecho” (Marx, (s/d); en Marcuse, 1971: 271).

del hombre requiere ahora la abolición de la forma de trabajo existente (...)” (Marcuse, 1971:271). Sin dudas, esta no es la solución que brinda Castel (1997) para paliar los procesos actuales que atraviesan al trabajo. El autor expresa que una de las opciones posibles es la redistribución de los recursos generados por el trabajo socialmente útil. Opción que, dentro de la estructura capitalista, no deja de ser seductora si se tiene en cuenta las zozobras padecidas por la clase trabajadora. Pero tiene que ser vista no como un fin en si mismo, sino como un medio de supervivencia en el actual sistema. No hay que olvidar que el orden burgués es una construcción histórica, y que por tanto carece de eternidad.

En este escenario de profundos cambios (siempre negativos para los sectores deprimidos) en materia de trabajo y políticas públicas, nace un nuevo desafío para el Trabajo Social. Analizar la nueva complejidad de la inscripción práctica del Asistente Social será el objetivo del último capítulo.

CAPÍTULO 3

EL NEOLIBERALISMO Y SU DISCURSO. DESAFÍOS PARA LA PROFESIÓN EN LA REALIDAD CONTEMPORÁNEA

Resulta importante comenzar el análisis de la ubicación del Trabajo Social en el contexto contemporáneo, estudiando con mayor profundidad los cambios ocurridos en el Estado capitalista (cambios ya mencionados en el capítulo anterior) y sus consecuentes determinaciones al ordenamiento social. Teniendo presente además, que estas transformaciones son producto de estrategias adoptadas por el gran capital que conforman su incesante búsqueda en superar la crisis de acumulación/ legitimación manifestada al comienzo de la década del sesenta. Elementos de estudio fundamentales si se tiene en cuenta las modificaciones que adoptan las instituciones sociales en las cuales se desempeñan los Asistentes Sociales como profesionales/asalariados. De ello se desprende la posible mutación de las demandas hechas al Servicio Social por parte de estas instituciones, cuestiones que abordare mas adelante.

A grandes rasgos, cabe entonces recordar que el “inclaudicable” capitalismo en su fase monopolista, comienza a dar signos de agotamiento, conformando una crisis estructural que impedía su sostenimiento y desarrollo. Es así que su padrón de acumulación rígido, plasmado en la era fordista-taylorista e íntimamente relacionado al keynesianismo, dio paso a la acumulación flexible, ilustrada en la era toyotista y en el avance del pensamiento neoliberal (Antunes, 2005; Harvey, 1994 y Netto, 1996). Así pues, el capitalismo, caracterizado ahora como tardío, armado de innumerables estrategias consiguió recuperarse en desmedro de aquellos que solo tienen para vender su fuerza de trabajo.

El Estado de Bienestar, que mediante sus políticas sociales formó el principal *locus* legitimador del sistema en los años referidos, comienza a ser cuestionado y responsabilizado por la crisis. De esta forma la ofensiva neoliberal advierte que el intervencionismo estatal resulta antiproductivo y antieconómico provocando un desincentivo al capital para invertir y a los

trabajadores a trabajar. Suponiendo entonces, que en el libre juego de la oferta y la demanda del mercado cada cual obtendría lo que merece, y los que menos merecen son aquellos que poseen un endeble espíritu emprendedor, cuestión que parecería intrínseca a cada individuo y por ende, no estaría afectado por la división social del trabajo y por las clases sociales fundamentales.

Así las cosas, se “(...) parte del postulado de que el mercado es el mejor mecanismo de asignación de los recursos económicos y de la satisfacción de las necesidades de los individuos. De allí se sigue que todos los procesos que obstaculizan, controlan o suprimen el libre juego de las fuerzas del mercado tendrán efectos negativos tanto sobre la economía como sobre el bienestar y la libertad de los individuos” (Laurell, 2000:242). Estos argumentos en contra de la acción interventiva del Estado tienen como contrapartida propuestas tales como la revitalización de la competencia en el mercado y la reconstrucción del individualismo. Elementos que tendrán mayor viabilidad, afirma Laurell (2000), con la disgregación de los grupos sociales organizados, el desmantelamiento de los mecanismos de negociación colectiva y la erradicación de los derechos adquiridos. Derechos que han sido característica fundante de la era keynesiana cuya estabilidad sirvió como principal orden legitimador del capitalismo monopolista en el marco del “pacto de dominación” (Iamamoto, 1984). En efecto, los instrumentos necesarios para cumplir con los objetivos del “régimen” neoliberal residen en sortear los obstáculos del rígido padrón de producción, esto es, el modelo fordista-taylorista. En su lugar, y como condición necesaria para socavar las bases de la estabilidad laboral gozada por la clase trabajadora, se implementó el sistema de producción flexible, cuyas nefastas consecuencias para los sectores obreros ya fueron desarrolladas en el capítulo anterior. De ello se desprende que el principal objetivo a eliminar son los derechos estables, pues no habría competencia con la permanencia de grupos organizados que defiendan los intereses colectivos, fundamentalmente de aquellos que, dejados al arbitrio de las leyes del mercado, caerían en situaciones de desamparo y en condiciones de desventajas socioeconómicas. Estos últimos deberían transitar su vida y buscar la “emancipación” de su subalternidad económica en la justa “asignación de recursos” que brinda el mercado apoyada en la “igualdad” que descansa en el Derecho. No en vano la democracia liberal promete libertad, igualdad y autonomía de los individuos

(Kameyama, 1991). Libre es aquel individuo que incursiona en el mercado sin las cadenas impuestas por un Estado interventor y que es respetado en tanto persona autónoma. A su vez, se defiende la igualdad de oportunidades en la competencia, no obstante, esta igualdad no abarca a las condiciones de la competencia ni a los resultados. Así entonces, (como ya fue mencionado en el capítulo anterior), un obrero que es poseedor únicamente de su fuerza de trabajo estaría en iguales condiciones de competir con aquel que es capaz de comandar el trabajo ajeno. Igualdad que refiere también a la protección ante las leyes. Se supone, en efecto, que el Derecho protege a todos por igual. Sin embargo, es preciso anotar que “el empleado acaba en una posición desfavorable cuando firma un contrato de trabajo en situación de libre competencia” (Offe, 1995:2; en Bentura y Sténeri, 2002:69). Tras esta afirmación, debe entenderse que el horizonte del proyecto neoliberal pretende un Estado restricto en razón de generar una nueva matriz de acumulación que sirva para una nueva etapa de expansión capitalista y un nuevo ciclo de concentración del capital. Así pues, el vehículo político que permite el nuevo patrón de crecimiento es la derrota, o al menos el creciente debilitamiento de los estratos obreros y sus mecanismos de presión, esto es, sus organizaciones reivindicativas. Se podrá decir entonces que: “en este contexto es crucial la destrucción de las instituciones de bienestar social porque constituyen una de las bases de la acción colectiva y solidaria al disminuir la fuerza desagregadora de la competencia entre los individuos en el mercado de trabajo” (Esping-Andersen, 1990; en Laurell, 2000:245). La consecución de estos objetivos (esto es, de liberar al juego del mercado de la ineficaz e ineficiente intervención estatal, pues perjudicaría la brutal concentración de riquezas en manos de los representantes del capital), tiene su correlato ideológico y discursivo (como parece obvio) en el pensamiento liberal clásico. Coutinho (2000) entiende que uno de los principales teóricos del liberalismo fue Locke, y afirma que el contractualismo lockiano se sostiene en la convicción de que el orden político existe para asegurar el libre desarrollo de los intereses individuales, y que para lograr tal cometido el Estado debe garantizar una esfera de libre mercado sin interferir en ella. Por tanto, la búsqueda del interés personal se observa como un factor beneficioso, racional, positivo a la sociedad toda y al avance de la civilización. El Estado, al intervenir no haría otra cosa que entorpecer tal virtud

del individuo.⁹ Se pretende (desde la teoría liberal) interpretar que el fracaso en la búsqueda del interés personal depende de una naturaleza intrínsecamente desigual de los individuos y que el que no consigue sus objetivos dentro de las fluctuaciones del mercado es consecuencia de sus propias falencias. Empero, sostiene Kameyama que "(...) el blanco principal de la crítica recae en la ilusión de la igualdad, que fundamentándose en teorías pseudo-científicas pretenden probar que los seres humanos son esencialmente desiguales y que toda doctrina igualitaria atenta, por lo tanto, contra la naturaleza humana" (1991:16). La igualdad o desigualdad de los hombres y mujeres no depende esencialmente de su condición individual, sino que está determinada por los contextos históricos donde viven. Son flagrantes las disparidades entre diversos sectores sociales cuando se observa a la sociedad capitalista, mas aún, en el actual contexto de acumulación flexible con políticas de corte neoliberal, donde las riquezas se concentran cada vez más solo en un sector de la escala societal, producto, entre otras cosas, del extremado desarrollo del valor de cambio que somete crecientemente el trabajo al capital. Es de suponer entonces, que en otros contextos históricos, mismo dentro de la estructura burguesa - y basta recordar aquí el transcurso de los mejores años del Estado de Bienestar Social, que sin eliminar las desigualdades y la explotación obrera, se logró incorporar ciertas demandas de los sectores subalternos, proporcionando niveles de vida y seguridad laboral poco desdeñables si tenemos en cuenta el contexto contemporáneo- los grados de igualdad (o desigualdad) pueden tomar variaciones sustanciales. Cuestiones que el Trabajo Social no debiera pasar por alto. Es verdad que existen barreras impuestas por las instituciones donde se desempeña el Asistente Social, barreras que responden a los intereses de los grupos sociales que capturan tales instituciones, y que en consecuencia, observan a la realidad social de forma recortada, pulverizada, con las partes desconectadas del todo, confundiendo causas con consecuencias, o peor aún, interpretando las consecuencias como producto de problemas personales, individualizando elementos que dependen de la estructura social. En este sentido es necesario "(...) aprehender el carácter de clase de las organizaciones en las cuales

⁹ En este sentido, es clarificadora la conocida frase de Margaret Thatcher: "no hay sociedad, solo individuos" (Netto, 1996)

trabaja el profesional (...) condición para desvendar el significado de esa institución y los efectos sociales de la práctica de sus agentes” (Iamamoto, 1997:149).

Con lo expuesto, creo pertinente arribar, brevemente, al estudio de la lógica burguesa contemporánea, caracterizada por la ofensiva neoliberal, en referencia particularmente a sus políticas públicas, elementos no menores para el Trabajo Social.

El actual escenario social (cultural, económico y político) observado como una nueva fase del capitalismo y caracterizado como de acumulación flexible, ha causado un notorio aumento de la pobreza en la mayoría de la población, es decir, en los sectores que viven del trabajo. “Se hace cada vez mas evidente los efectos perversos del neoliberalismo en el conjunto de la sociedad, por ejemplo: desocupación creciente, aumento de la pauperización y de las desigualdades sociales, polarización entre las diferentes clases sociales y países, deterioro creciente de la calidad de vida de los sectores trabajadores, etc.” (Pastorini, 2001:124). Quedó escrito más arriba que el neoliberalismo pregona por un amplio protagonismo del mercado como único mecanismo orientado a la regulación económica, y por tanto a la asignación de recursos. En este sentido, y como herramientas imprescindibles para tal fin, se ubican en primer plano (entre otros tópicos) la reducción del gasto público, las privatizaciones y la focalización de las políticas sociales (Schons, 1995). Desde luego que si una de las principales críticas que recibió el *Welfare State* fue el excesivo gasto público, el principal objetivo de la lógica neoliberal fue implementar estrategias para el recorte del gasto. Así, la austeridad del Estado en la administración de sus fondos fue ganando espacio. Dicho recorte no refiere precisamente a gastos en infraestructura en busca de imprimir reformas “modernizadoras” de algunos servicios que garanticen el lucro del capital, sino a aquellos gastos, que vía políticas sociales, fueron dirigidos a los sectores que dependen para su sustentación de la venta de su fuerza de trabajo. -Medida indispensable que fue “recomendada” por los organismos internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, y que como consecuencia repercutiría de forma desigual en los distintos estratos sociales, permaneciendo en mayor desventaja los sectores de menor renta, pues éstos son los principales destinatarios de los servicios ofrecidos por las políticas

sociales- (Pastorini, 2001). Significando que innumerables personas quedarán al arbitrio de su propia suerte y “méritos” individuales, debiendo asistir a una lucha aleatoria y violenta por la supervivencia (Behring, 2000).

Íntimamente ligado a esto se produjo el avance de las privatizaciones de algunas de las funciones que otrora cumplía el Estado. Interesa aquí señalar el desentendimiento de las entidades estatales en el dirigenciamiento de las políticas públicas en su sentido amplio. De acuerdo a la lógica neoliberal, las actividades que potencialmente puedan generar réditos económicos, es decir, que sean rentables y lucrativas, serán puestas a disposición de empresas privadas, incluso, aquellas políticas dirigidas al sector obrero, que, al menos indirectamente, generen ganancias para la empresa. En este sentido es elocuente la afirmación de Lamamato: “Trátase de una nueva tendencia de las empresas de presentar una fase social inscrita en sus estrategias de marketing para vender más, para tener una imagen digna en la sociedad. La solidaridad humana, la preservación de la naturaleza para el desarrollo autosustentado y el compromiso con la reducción de la pobreza, de la exclusión, pasan a ser medios de atribuir respeto y legitimidad a los emprendimientos estimulando sus niveles de rentabilidad”¹⁰(s/f: 104-105). Esta “filantropía” empresarial no hace otra cosa que ilustrar el proceso de mercantilización de los servicios sociales, de la puesta en marcha del espíritu de la compra-venta, sustrato esencial de la presencia hegemónica del valor de cambio en la sociedad burguesa. Así pues, el interés lucrativo queda enmascarado, presentándose como mero interés público, benéfico y hasta altruista, generando elementos propagandísticos en beneficio del único objetivo: vender productos y/o servicios. Tal innovación, se enmarca dentro del proyecto más amplio del neoliberalismo, esto es, el carácter central de la libre competencia en el mercado. Aquí, la eficiencia económica obtiene más importancia que el ámbito social, transformando gran parte de la “cuestión social” en problemas de administración privada, donde los ciudadanos son vistos individualmente como consumidores (Ianni, 1989; en Pastorini, 2001). Dentro de esta lógica, las actividades realizadas por el Estado en cuanto a la prestación de servicios sociales (e inscritas como derechos sociales) fueron

¹⁰ Basta observar la “jornada solidaria” implementada por la empresa Mc’ Donald’s, donde toda la recaudación tiene como objetivo “ayudar” a niños que padecen cáncer.

progresivamente perdiendo espacio. En su lugar las recetas neoliberales proponen como base de la “atención social” a la sociedad civil (mas allá de la “filantropía” de empresa referida mas arriba) y a la familia como fuentes naturales de bienestar social.¹¹ El Estado intervendría únicamente cuando el mercado y/o la sociedad civil presentasen deficiencias en tal incursión, siendo entonces una actuación meramente residual (Schons, 1995 y Kameyama, 1991).

Quedó expresado en líneas anteriores que la política neoliberal requiere para desarrollar su proyecto de reestructura del capital el recorte del gasto público (ajuste fiscal), la privatización (ya sea de organismos que antes pertenecían a la esfera estatal, o a instituciones que se hacían cargo de los servicios y políticas sociales) y la focalización de las políticas sociales, además de los lineamientos de flexibilización. Condiciones estrechamente relacionadas ya que con la ausencia de una de ellas difícilmente pueda desarrollarse el proyecto general.

Cabe ahora centrar la óptica en el principio de la focalización y sus consecuencias para los sectores trabajadores. Este principio viene a sustituir al universalismo que caracterizó al Estado de Bienestar, recinto en el cual los servicios sociales estaban dirigidos a la mayoría de la población, servicios que eran interpretados como derechos sociales, y que para su acceso no era requisito fundamental acreditar determinada condición social. Ahora, con el avance de las políticas sociales focalizadas, la presencia y el “disfrute” de programas o planes afines a este principio (focalizador) se restringe sustancialmente. Pues se necesita una serie de características socioeconómicas que permitan ser evaluadas por las entidades pertinentes y así estudiar la “chance” que obtiene un determinado individuo (familia o grupo) para ser beneficiario de dichas políticas. Así entonces se “(...) plantea la necesidad de identificar a partir de instrumentos de medición y diagnóstico el grupo social específico que recibirá la ayuda del Estado” (Fernández, 1999: 26). Se puede inferir que al centrar los beneficios solo en una porción de la población, los gastos en programas y planes sociales serán disminuidos,

¹¹ Es ejemplificador el actual Plan de Atención Nacional a la Emergencia Social (PANES) implementado en nuestro país, donde el ingreso ciudadano es rotundamente negado, entre otros elementos, por tener redes sociales o familiares que aporten económicamente. Aunque estas redes sean momentáneas y/o circunstanciales.

cumplíndose el objetivo del recorte del gasto público, y de la revitalización de la esfera del mercado, pues aquellos que no “pasaron la prueba” no tendrán otra alternativa que zozobrar en la lucha por un puesto de trabajo (precario, temporal, con bajo nivel salarial, etc.), engrosando las filas del “ejército industrial de reserva”.

En este escenario, se pone de manifiesto que el objetivo de las políticas sociales son los grupos que soportan una pobreza extrema, núcleos que otrora eran atendidos por las entidades filantrópicas y caritativas mediante prácticas asistenciales. Por tanto, “(...) las características de la intervención la emparentan con lo que se denomina asistencialismo, por su estrecha vinculación con la noción de pobreza absoluta y con mecanismos emergenciales que propone para atenderla” (idíd.). Esta analogía con las viejas formas de abordar la problemática social tiene su origen al observar los mecanismos necesarios para acceder a los beneficios sociales y comprobar que las actuales políticas sociales, en tanto políticas focalizadas, no se diferencian del antiguo asistencialismo. Pues es necesario dar a conocer el carácter de indigencia o de pobreza absoluta, eliminando de plano el concepto de derechos sociales, donde el beneficiario tiende a ver a los servicios sociales como benévolos en si mismos, considerando sus prestaciones como dádivas o limosnas. Se podrá decir entonces, que se esta ante la presencia de una suerte de “refilantropización de la cuestión social”. Así las cosas, la población núcleo de la focalización es diferenciada del resto “no pobre”, (y que pese a que la retórica neoliberal arguya que esta discriminación es necesaria para una posible “igualación de status” con los “incluidos”) plasmando con ello el estigma del ciudadano inferior. El punto principal no es el hecho de que “(...) dando mas a los que menos tienen se los acerca a un status común, sino en la peligrosidad de instituir estigmas de categorización que terminan convalidando niveles desiguales de ciudadanía” (Castel, 1998b; en Duschatzky y Redondo, 2000: 139). Además, esta intención de acercar la condición social y el status de los sectores mas deprimidos al que disfrutaban aquellos que se ubican en mejores posiciones socioeconómicas, no es mas que una falacia ya que los servicios ofrecidos por el Estado neoliberal reafirma una “estratificación dual clasista”, en tanto la población pobre recibe prestaciones precarias, y otro grupo poblacional alcanza niveles óptimos de bienestar social a través del

mercado. Por otro lado se mantiene la falacia, si se tiene en cuenta el carácter político de los beneficios, que necesariamente deben enmascarse dentro del contexto mas amplio de reestructuración capitalista, y como sostiene Duschatzky (2000), el punto crucial es la intención de mantener el velo y naturalizar un modo de intervención que excluye a la problemática de la pobreza de sus aristas políticas. En este sentido, entretanto, es vital trasladar los problemas estructurales que generan pobreza hacia los propios sujetos que la padecen, haciéndolos responsables de sus penosas condiciones de vida ("implacable" principio neoliberal), negando de esa forma el carácter social de la pobreza. Estrategia que es producto del inconmensurable afán (tan necesario para los intereses del capitalismo en todas sus fases) por eliminar toda tentativa que cuestione e intente socavar las causas fundamentales que generan pobreza y miseria. De tal modo, las soluciones a las distintas problemáticas nunca se vestirán de estrategias ambiciosas que intenten romper con los patrones económicos y sociopolíticos establecidos. En coherencia con lo anterior, es pertinente pensar que las únicas necesidades que cuentan con posibilidades de ser atendidas y procesadas, son aquellas cuya satisfacción es posible solo en los más rigurosos marcos del sistema (Calderón y dos Santos, 1995; en Cardarelli y Rosenfeld, 2000).

Por otra parte, las políticas sociales focalizadas pueden encontrar similitud con las prácticas asistencialistas en tanto forman un escenario propicio para fomentar y estimular la pobreza. Recordemos que dentro del contexto neoliberal, para ser beneficiario e incluido dentro de los programas de "protección social", es condición imprescindible la acreditación de la situación de pobreza. Ahora bien, esta condición, a su vez, es necesaria para la permanencia en dichos programas, pues su superación (aunque pueda ser en niveles mínimos sin llegar a trascender elementalmente tal situación) conlleva la suspensión del beneficio si en un programa o plan, por ejemplo, cuyo objetivo es asegurar un ingreso mensual de x cantidad de dinero a la población destinataria, teniendo como requisito excluyente que los individuos no superen en ingresos dicha cantidad, el incremento de dichos ingresos en tan solo un uno por ciento, los excluye del "derecho" a recibir tal beneficio. En consecuencia, por la lógica de su funcionamiento las políticas focalizadas inducen a tomar conductas que reproducen la desventaja social, generando un

círculo vicioso difícil de erradicar (si esa es la intención). En palabras de Baraibar, “la condicionalidad del beneficio, ‘condena’ al beneficiario a permanecer en la misma situación”, y continúa diciendo que “los programas sociales focalizados pueden terminar estimulando la propia situación de vulnerabilidad social (...)” (2003:6). Así pues, el propio intento por “privilegiar” a los más desposeídos, arbitra en contra de los mismos y los posiciona en los lugares más bajos de la estratificación social, situación que es útil para poner en evidencia que las verdaderas soluciones, (en tanto emancipación) de los sectores subalternos permanecen negados dentro de los márgenes de la estructura burguesa.

Con lo expuesto, parece quedar confirmado que la ofensiva neoliberal con su mercado como principal fuente de asignación de recursos, y sus políticas sociales residuales, subyuga cada vez más a la clase trabajadora. Más, si se tiene en cuenta que el Estado contemporáneo ni siquiera brinda protecciones sociales en carácter de derechos sociales en función de mantener y reproducir la fuerza de trabajo. Hay que recordar que ésta era la función económica que cumplía el Estado en su época de consolidación como Estado de Bienestar. Hoy día, es el propio trabajador quien tiene por cometido reproducirse como fuerza de trabajo.

Teniendo como base los referidos cambios ocurridos en el capitalismo contemporáneo, cabe ahora preguntarse acerca del papel que cumple el Servicio Social en estos contextos, sus respuestas a las demandas que se le plantean y los posibles horizontes que envuelven a la actividad práctica (y teórica) de los Asistentes Sociales.

Creo pertinente mencionar en el análisis, el carácter de intelectual del Trabajador Social en el sentido gramsciano del término, en tanto profesional dependiente de las clases sociales que lo “contrata”. “Cada grupo social, naciendo en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no solo en el campo económico sino también en el social y en el político (...)” (Gramsci, 1984:9). No obstante, la relación de los intelectuales con el proceso de valorización del capital no es inmediata ni directa, sino que se presenta mediatizada por el tejido social y su contexto (Gramsci, 1974; en lamamoto,

1984), relación que refleja la complejidad y contradictoriedad que abarca a todo el escenario social.

Partiré de la base entonces, como sostiene lamamoto (1984), que el Trabajo Social no se identifica con la idea unilateral que tiende a acentuar el carácter conservador de la disciplina como acción que si dirige a reforzar el orden constituido. Pese a ello, tampoco se identifica con la tesis que sustenta que la profesión adquiere una dimensión necesariamente "transformadora o revolucionaria". Queriendo decir con esto, que aunque el Trabajo Social sea un instrumento al servicio de un poder monolítico, no por eso está condenado a constituirse en apoyo exclusivo del mismo. Por otro lado, tampoco como una institución con una sobreestimada eficacia política, determinando así la transformación de la sociedad. De ésta forma se desconoce el papel de las clases sociales dentro del proceso de alteración de la sociedad, en tanto componentes de la historia.

Se podrá pensar (mas allá de lo expresado anteriormente) que con la apertura de un "Estado mínimo" y con la creciente flexibilización laboral que perjudica a toda la clase trabajadora, el Asistente Social, al ser un trabajador asalariado, se ve desfavorecido por estos procesos, si tenemos en cuenta el período del Estado de Bienestar. En la actualidad, entiende Montaña (1998), el empleo de éste profesional corre con la misma suerte, en cuanto a su precariedad, que las políticas sociales. La desregulación y desresponsabilización del Estado signada por la avasallante supremacía del mercado, deja a los sectores obreros en condiciones desventajosas, y aquellos profesionales antes protegidos en una creciente inestabilidad. Es por ello que "(...) sin la regulación del Estado los estatutos profesionales se tornan absolutamente inestables, en este sentido los procesos de desregulación laboral, colocan a las profesiones que habían logrado cierta legitimidad en el período anterior en un grado de inestabilidad extrema (Bentura y Sténeri, 2002:70-71). Se observa con esto (y con todo lo anterior) que el "achicamiento" del Estado implementado por la ofensiva neoliberal es perjudicial solo para la clase obrera (aquí se incluyen a los profesionales asalariados, entre ellos, el Asistente Social) y no para los sectores burgueses, pues su hegemonía sigue andando a paso firme (aunque siempre susceptible a ser derribada) luego de haber sorteado algunos escollos que su propio funcionamiento contradictorio

puso en su camino. Es en este sentido que Netto (1995) entiende al “Estado mínimo” como el “Estado máximo” para el capital. Procesos que fueron logrados por un proyecto histórico de Derecha en busca de liberar a la acumulación capitalista de las barreras impuestas por la democracia (Przeworski, 1991; en Netto, 1996).

Ante los procesos reseñados, cabe interrogarse de que forma el Trabajo Social actúa sobre las demandas que se le plantean, demandas que surgen de instituciones sociales determinadas por el contexto neoliberal. En tal sentido habrá que observar cual es la postura ideo-política que caracteriza a la profesión en la contemporaneidad, sin desconocer, como expresa Netto (1996), el hecho de que no existen bloques homogéneos, mas bien se desarrollan diferentes fuerzas que luchan por establecer para su profesión una “dirección social estratégica”. En efecto, y siendo congruente con esta afirmación, podrá decirse que en el Servicio Social conviven posturas que observan la realidad social de diferente manera. En los ámbitos académicos, el histórico conservadurismo de la profesión ha mermado en su hegemonía (fundamentalmente en la década del ochenta) dando paso a posicionamientos ideológicos y políticos de naturaleza crítica, posturas que comenzaron a cuestionar las bases estructurales del orden burgués. Sin embargo no ha conseguido superar todavía el aguerrido rumbo conservador que la profesión ha adquirido (mediante determinaciones estructurales) desde su génesis. Más, si se tiene en consideración la consolidación de una suerte de alianza entre el conservadurismo y el pensamiento postmoderno, que arremetieron duramente contra las corrientes críticas de cuño marxistas. Ciertamente, la retórica postmoderna critica los metarrelatos, la macroteoría y la categoría de totalidad, y es aquí que coinciden con el conservadurismo que privilegia lo microsociales y las teorías de medio alcance (Netto, 1996), elementos imprescindibles para crear la ilusión del carácter perenne del orden capitalista.

Es precisamente el lugar de lo microsociales que las políticas neoliberales intentan revitalizar. Así pues, aquellos sectores que no logran satisfacer sus necesidades a través del mercado son segregados, estigmatizados y culpabilizados por su incapacidad de interactuar con la oferta y la demanda, y por ser derrotados en el proceso de cosificación de las relaciones sociales. Lógicamente esta postura mantiene la coherencia necesaria para rechazar

cualquier teoría que estudie la realidad como totalidad social, en razón de que es ésta categoría que posee la capacidad suficiente para identificar y cuestionar las causas fundamentales de la problemática social, en este caso, generadas en el modo de producción capitalista. La conexión de las partes con el todo permite comprender la sociedad y formular estrategias que trasciendan las estructuras establecidas.¹² En efecto, sería sumamente paradójico e inconducente para los intereses neoliberales solicitar técnicos o intelectuales que observen el escenario contemporáneo mediante la categoría de totalidad. De tal modo, se convoca a técnicos para tareas puntuales, básicamente enfocadas con una metodología instrumental-operativa, vaciada de una comprensión social macroscópica.

Es el caso de la solicitud de actuación (entre otros profesionales) del Asistente Social en la ejecución terminal de las políticas sociales, espacio donde, por ejemplo, se dirige la acción hacia la verificación de las condiciones de vida de los posibles beneficiarios, en función de comprobar si cumplen los requisitos para ser incluidos en dichas políticas. Cuestión que se aleja sobremanera de una cabal actitud crítica que observe a los complejos puntuales de la problemática social como producto de determinaciones generales. El elemento crucial aquí, es ver, por ejemplo, a la pobreza absoluta y al desempleo estructural (y a las formas de empleo precario) como consecuencia de la reestructuración capitalista (flexibilización laboral, focalización de las políticas sociales, etc.

Expresado esto, pareciera necesario demandar al Trabajo Social únicamente tareas instrumentales y soluciones de corto alcance, que no pongan a la vista las contradicciones del orden burgués y que por tanto no perjudiquen su funcionamiento y su incesante búsqueda por mantener el régimen de acumulación. En esta misma línea, Machado (2004) arguye que las demandas efectuadas en la actualidad a nuestra disciplina no son más que "neo-demandas", antiguas demandas con "neo-ropajes", que históricamente se han constituido con el objetivo de integrar al individuo en el medio y analizar los problemas sociales desconociendo las contradicciones sociales, etc. Es decir que "(...) analizar las desigualdades sociales implica entender que las mismas

¹² "Para el método dialéctico todo –sea lo que sea– gira siempre en torno al mismo problema: El conocimiento de la totalidad del proceso histórico" (Lukács, 1985:37-38)

pueden ser resueltas en el ámbito del modo de producción capitalista; pero, por otro lado, analizarlas como contradicciones sociales implica entender que las desigualdades sociales son inherentes al modo de producción y reproducción de la vida social sobre las determinaciones del capital" (Ibid.:17). En lo que enfatiza la autora es que estas "nuevas" demandas sencillamente abordan el tema de la actualización de nuestros métodos y técnicas de trabajo dirigida a la mayor eficacia y eficiencia de la actuación profesional, buscando únicamente formas más competentes de servir al capital. Por eso entiende Duschatzky (2000) que la "cuestión social" nunca puede ser desplazada a los márgenes del análisis requiriendo para ello un tratamiento político más que técnico.

Es sabido que la lógica dominante necesariamente desarrolla estrategias que posibiliten el mantenimiento de la estructura societal sin quitarle el velo a sus contradicciones, entonces, entre otras cuestiones, demanda al Servicio Social que su intervención se desarrolle dentro de los límites del funcionamiento capitalista. No obstante, como quedó escrito en líneas anteriores, el Asistente Social posee una relativa autonomía dentro de las instituciones donde se inserta, pudiendo orientar en su trabajo su visión del mundo social. Es éste el sentido que Iamamoto (s/f) le da al movimiento de nuestra profesión en las instituciones que solicitan su servicio. El desafío es buscar, dentro de los límites impuestos, el norte ideo-político y práctico de cada Trabajador Social. Dicho esto, lo interesante aquí es observar cual es el perfil del Asistente Social para poder identificar el horizonte de su labor dentro de las demandas del mercado de trabajo. Si su única inquietud es tomar las demandas institucionales como vienen dadas sin una actitud crítica sobre las mismas, seguramente tendrá el mismo horizonte que la institución donde se desempeña, y no tendrá oportunidad para plantear caminos alternativos. En cambio, si se mueve profesionalmente con una visión de totalidad, tratando de comprender las causas fundamentales de la problemática social, podrá tomar las demandas de forma crítica y plantear alternativas que rompan con el rol que históricamente se le ha atribuido. En tal sentido, Fernández (1999) advierte que la práctica profesional del Trabajador Social ha estado condicionada históricamente por requerimientos que emanan del orden imperante, pero al mismo tiempo se le presentan oportunidades para desvendar las contradicciones propias del sistema, pudiendo aprovechar los intersticios que

posibilitan la ruptura con lo establecido. En esta misma línea de análisis, Netto se expresa de forma elocuente: "(...) se confrontan dos 'paradigmas' de profesional: el técnico bien adiestrado que va a operar instrumentalmente sobre las demandas del mercado de trabajo tal como ellas se presentan, o el intelectual que, con calificación operativa, va a intervenir sobre aquellas demandas a partir de su comprensión teórico-crítica, identificando la significación, los límites, y las alternativas de la acción focalizada" (1996:126).

Sin duda, el profesional (Asistente Social) ubicado en el segundo paradigma contiene una cabal óptica de la realidad social, e identifica los procesos socioeconómicos y políticos dentro de un contexto histórico, lugar donde tales procesos son producto de las bases estructurales de las relaciones capitalistas de producción. Es desde aquí que puede emanar una propuesta mas amplia de intervención, que supere la mera actuación instrumental y que trascienda el hecho de tomar a las demandas tales como ellas se presentan.

En sintonía con esto, Fernández (1999) entiende que para superar el perfil conservador que históricamente le fue atribuido al Asistente Social, éste, a través de una lectura crítica de la sociedad capitalista y del actual contexto neoliberal, debe elaborar nuevas propuestas que tiendan a quebrar con una identidad basada en prácticas burocráticas y reiterativas, las cuales cosifican las relaciones sociales, ocultan el movimiento de la realidad y "petrifican" la subordinación del trabajo al capital.

Así entonces, corresponde estar atento a las diferentes formas que visten al movimiento de reestructura del capital, fundamentalmente aquellos que afectan directa o indirectamente a los sectores trabajadores, esto es, la flexibilización laboral acompañada de estrategias que destinan cada vez menos recursos a aquellos que en el mismo proceso, han sido expulsados de las relaciones estables de trabajo y han pulverizado sus derechos sociales fundamentales. Comprender esto, significa entender que los procesos de empobrecimiento de los sectores proletarios se vincula con los procesos de enriquecimiento de los sectores burgueses. Solo así se podrá alterar y trascender las demandas y requisitos impuestos por la actual realidad neoliberal, y solo así es que podrá producirse la fractura con el conservadurismo en el Trabajo Social.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Bajo el impresionante marco sociohistórico y político contemporáneo, lugar donde los más desfavorecidos son los que históricamente han cargado con las desventuras que el orden capitalista ha impuesto, es menester estar alerta sobre las causas primeras y fundamentales de la situación de los sectores obreros. Teniendo en cuenta esto, es de primer orden armarse de una postura crítica sobre las demandas institucionales efectuadas a nuestra disciplina, sabiendo que ellas mismas funcionan como mecanismos reproductores de las actuales relaciones sociales.

Pero no todo es tan siniestro y limitado, pues el lugar del Asistente Social (a pesar de caracterizarse como auxiliar y subsidiario) obtiene cierta movilidad para el pensamiento y la acción. Aprovechar este espacio significaría abordar las problemáticas en tanto contradicciones y orientar un rumbo que altere las condiciones de vida de los más desposeídos.

La ofensiva neoliberal no es más que una ideología que el capitalismo de la era flexible impuso en busca de continuar el régimen de acumulación, una acumulación que cada vez más concentra riquezas en los sectores más "altos" de la arquitectura social. Por ello, atacar esta ideología es un paso crucial (aunque no el único) para poner a la luz las contradicciones estructurales del sistema productor de mercancías. El Trabajador Social que dé cuenta de estos procesos tendrá la posibilidad de cuestionar la idea (que parece estar arraigada en la médula de nuestra sociedad) de que las desventajas socioeconómicas y culturales de los individuos son producto de sus características personales y que la oportunidad de disfrutar de una vida digna la gozan todos por igual, sin importar el lugar ocupado en la estructura de clases. Del mismo modo y estrechamente ligado a esto, el Asistente Social deberá pronunciarse comprendiendo que las acciones que trascienden las barreras legales impuestas por el Derecho (delincuencia), son consecuencia, en parte, del mismo proceso de expulsión de la fuerza de trabajo de los empleos estables que conduce a una marginalización que abarca todos los ámbitos de la vida de los individuos. Comprendiendo además, el papel que cumplen los medios masivos de comunicación, (fundamentalmente la publicidad) que ofrecen sin

medida un sin fin de productos (por cierto con una obsolescencia y desechabilidad programada que garantiza el circuito acelerado de producción y consumo) y servicios, pero que al mismo tiempo, el sistema no brinda los medios necesarios para su acceso. La pobreza, la exclusión, la delincuencia, son siempre tópicos que deberán abordarse por su carácter social y no como elementos intrínsecos al individuo. Es por ello que el representante de nuestra disciplina deberá abocarse a replantear las demandas que se le plantean, contextualizándolas dentro de los cambios ya estudiados y actuando siempre con una visión macroscópica de los problemas puntuales.

Replantear las demandas institucionales significa también visualizar los límites propios de las políticas sociales del proyecto neoliberal. Focalizar la atención sobre los sectores más deprimidos de la sociedad parecería a simple vista un tratamiento justo para administrar el problema de la pobreza, pues se estaría volcando recursos solo en dirección de los que "realmente" necesitan la ayuda del Estado. Los más privilegiados serán los que se ubican en el último lugar de la escala social. Solo a simple vista. Desde la orientación de este trabajo, el Asistente Social que actúe con una postura ideopolítica crítica (Netto, 1996) deberá dar una lectura que trascienda lo aparente (Kosik, 1967), cuestión que remite necesariamente a un análisis riguroso de la realidad general, y particularmente tendrá la difícil tarea de conectar las problemáticas microsociales con el todo social. Así, podrá observar, por ejemplo, que la focalización de las políticas sociales no intentan imprimir mayores grados de justicia social, sino por el contrario, constituye parte de la estrategia del proyecto neoliberal que, mediante la reducción del gasto público destinado a las políticas públicas, intenta guiar y cumplimentar un recetario orientado a la acumulación de riquezas en los sectores más poderosos de la sociedad. La crisis fiscal es parte del discurso dominante para legitimar el ínfimo gasto de los fondos públicos dirigido a los sectores más necesitados. Criticar duramente este retiro del Estado y su "desentendimiento" en cuanto al tratamiento de la "cuestión social" deberá ser tarea fundamental del Asistente Social. Es así que lo entiende Lamamoto (s/f), y afirma además que al pregonar por reforzar la esfera pública, se está revitalizando la representación de los intereses colectivos en la escena pública de modo que puedan ser confrontados y negociados, explicitando los conflictos y contradicciones. Sin esta

confrontación, los intereses de la mayor parte de la población quedarán al arbitrio y disposición de las leyes del mercado, que pese a la argumentación neoliberal, es un pésimo “justiciero” a la hora de asignar recursos.

En este escenario, parecería difícil desembocar en una materialización efectiva de una matriz ideo-política crítica que ponga en cuestionamiento la actual administración de la “cuestión social”, si el Trabajador Social actúa como un mero ejecutor terminal de políticas sociales. Aquí, existe poco espacio para cristalizar los más genuinos intereses de los sectores subalternos, pues no es el ámbito de toma de decisiones, sino de llevar a cabo las resoluciones que otros (técnicos, políticos) han tomado. Sin desmerecer este espacio de actuación, debería pretenderse arribar (armado de una rigurosa cualificación) a los lugares donde se elaboran, reformulan, y reorientan las políticas sociales (Pastorini, 2001), intentando romper con el legado histórico que desde su génesis el Servicio Social ha obtenido. Un Asistente Social cuyo desempeño resida únicamente en administrar burocráticamente los problemas más acuciantes de la clase trabajadora, no podrá orientar un horizonte que intente consolidar sus derechos sociales fundamentales.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAREZ MIRANDA, B. *"El estado de Bienestar: Veinte años de argumentos críticos"*. En: AAVV *Dilemas del Estado de Bienestar*. Ed. Argentinaria. Madrid. 1996.
- ANTUNES, R. *Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. Ed. Herramientas. Bs. As. 2005.
- BARAIBAR, X. *Las paradojas de la focalización*. 2003. (Fotocopia)
- BEHRING, E. *"La nueva condición de la política social"*. En: Montañó, C, y Borgianni, E. (orgs.). *La política social hoy*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 2000.
- BENTURA, P. y STÉNERI, T. *"Reforma del Estado. Construcción de un marco explicativo"*. En: Rev. Trabajo Social Nº 25. Eppal. Montevideo. 2002.
- CARDARELLI, G. y ROSENFELD, M. *"Con las mejores intenciones. Acerca de la relación entre el Estado pedagógico y los agentes sociales"*. En: Duschatzky, S. (comp.). *Tutelados y asistidos. Programas sociales, políticas públicas y subjetividad*. Ed. Paidós. Bs. As. 2000.
- CASTEL, R. *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Ed. Paidós. México. 1997.
- COUTINHO, C. *Gramsci: Um estudo sobre seu pensamento político*. Civilização Brasileira. Nova edição ampliada. Rio de Janeiro. 1999.
- COUTINHO, C. *"Representación de intereses, formulación de políticas y hegemonía"*. En: Montañó, C. y Borgianni, E. (orgs.). *La política social hoy*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 2000.
- DURKHEIM, E. *La división del trabajo social*. Ed. Planeta-Agostini. España. 1994.
- DUSCHATZKY, S. *"Introducción"*. En: Duschatzky, S. (comp.) *Tutelados y asistidos. Programas sociales, políticas públicas y subjetividad*. Ed. Paidós. Bs. As. 2000.
- DUSCHATZKY, S. y REDONDO, P. *"Las marcas del Plan Social Educativo o los inicios de ruptura de las políticas públicas"*. En: Duschatzky, S. (comp.) *Tutelados y asistidos. Programas sociales, políticas públicas y subjetividad*. Ed. Paidós. Bs. As. 2000.
- ENGELS, F. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Ed. de Ciencias Sociales. La Habana. 1986.

- FERNANDEZ, S. *“Neoliberalismo, matriz asistencial y Trabajo Social: Reconstrucción crítica de la acción profesional”*. En: Serviço Social & Sociedade. Año xx N° 60. Ed. Cortez. Sao Paulo. Jul. 1999.
- FILGUEIRA, C. Y FILGUEIRA, F. *El largo adiós al país modelo*. Ed. Arca. Montevideo. 1994.
- GRAMSCI, A. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Ed. Nueva Visión. Bs. As. 1984.
- GRASSI, E. *“Neoliberalismo conservador y Estado asistencialista”*. En: AAVV. *Políticas sociales, crisis y ajuste estructural*. Ed. Espacio. Bs. As. 1994.
- HARVEY, D. *Condição Pós-Moderna*. Ed. Loyola. Sao Paulo. 1994.
- IAMAMOTO, M. y CARVALHO, R. *Relaciones sociales y Trabajo Social*. Ed. Alfa. Lima. 1984.
- IAMAMOTO, M. *Servicio Social y división del trabajo*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 1997.
- IAMAMOTO, M. *“Intervención profesional frente a la actual cuestión social.”* En: Iamamoto, M., Sanchez, D. y Rozas, M. *Trabajo Social y mundialización*. (Fotocopia).
- KAMEYAMA, N. *“La política de asistencia: La antinomia entre neo-liberalismo y clientelismo”*. En: Rev. Acción Crítica. *Políticas de ajuste y Trabajo Social*. Celats. Alaets. Lima. Dic. 1991.
- KOSIK, K. *Dialéctica de lo concreto*. Ed. Grijalbo. México. 1967.
- LAURELL, A. *“Avanzar al pasado: La política social del neoliberalismo”*. En: Montaña, C. y Borgianni, E. (orgs.) *La política social hoy*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 2000.
- LUKÁCS, G. *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*. Ed. Grijalbo. Mexico. 1985.
- MACHADO, E. *“Las nuevas demandas el Trabajo Social”*. En: Rev. Trabajo Social. Año XVIII N° 31. Eppal. Montevideo. 2004.
- MARCUSE, H. *Razón y Revolución*. Ed. Alianza. Madrid. 1971.
- MARX, K. y ENGELS, F. *La ideología alemana. Tomado de Obras escogidas Tomo 1*. Ed. Progreso. Moscú. 1976.
- MONTAÑO, C. *“El Servicio Social frente al neoliberalismo. Cambios en su base de sustentación funcional-laboral”*. En: Rev. Fronteras nº 3. Dts. Fcu. Montevideo. 1998.

- MONTAÑO, C. *La naturaleza del Servicio Social: un ensayo sobre su génesis, su especificidad y su reproducción*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 2000
- MONTAÑO, C. "La política social: espacio de inserción laboral y objeto de reflexión del Servicio Social". En: Montaña, C. y Borgianni, E. (orgs.). *La política Social hoy*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 2000.
- MONTAÑO, C. "Metodología y Servicio Social, hoy en debate". (Fotocopia)
- NETTO, J. *Ditadura e Serviço Social. Um análise do Serviço Social no Brasil pós-64*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 1991.
- NETTO, J. "Razón, ontología y praxis". En: *Servicio Social y sociedad* N° 44. 1994. (Fotocopia).
- NETTO, J. *Crise do Socialismo e ofensiva neoliberal*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 1995.
- NETTO, J. "Transformações societárias e Serviço Social. Notas para uma análise prospectiva da profissão no Brasil". En: *Serviço Social & Sociedade*. Año XVIII N° 50. Ed. Cortez. Sao Paulo. Abr. 1996.
- NETTO, J. *Capitalismo monopolista y Servicio Social*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 1997.
- NETTO, J. "Reflexiones en torno a la 'cuestión social'". En: *Nuevos escenarios y práctica profesional. Una mirada crítica desde el Trabajo Social*. Ed. Espacio. Bs. As. 2002.
- PASTORINI, A. "Las políticas sociales y el Servicio Social". En: Montaña, C. *La naturaleza del Servicio Social: Un ensayo sobre su génesis, su especificidad y su reproducción*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 2000.
- PASTORINI, A. "¿Quién mueve los hilos de las políticas sociales? Avances y límites de la categoría 'conseción-conquista'". En: Montaña, C. y Borgianni, E. (orgs.) *La política social hoy*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 2000.
- PASTORINI, A. "Políticas sociales y Servicio Social en el escenario neoliberal". En: *Temas de Trabajo Social. Debates, desafíos y perspectivas de la profesión en la complejidad contemporánea*. (s/e). Montevideo. 2001.
- ROSANVALLON, P. *La nueva cuestión social. Repensar el Estado Providencia*. Ed. Manantial. Bs. As. 1995.
- SCHONS, S. "Assistência social na perspectiva do neoliberalismo". En: *Serviço Social & sociedade* (s/a). N° 49. Sao Paulo. Nov. 1995.

- YAZBEK, M. *“Políticas sociales y asistenciales: estrategias contradictorias de gestión estatal de la pobreza de las clases subalternas”*. En: Montaña, C. y Borgianni, E. (orgs.). *La política social hoy*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 2000.